
LA CELOSA DE SÍ MISMA

Personas que hablan en ella:

- **Doña MAGDALENA**
- **Don MELCHOR**
- **Doña ÁNGELA**
- **Don ALONSO, viejo**
- **Don JERÓNIMO**
- **Don SEBASTIÁN**
- **Don LUIS**
- **VENTURA, lacayo**
- **QUIÑONES, dueña**
- **SANTILLANA, escudero**
- **CRIADOS**

ACTO PRIMERO

Salen don MELCHOR y VENTURA, de camino

MELCHOR: Bello lugar es Madrid.

¡Qué agradable confusión!

VENTURA: No lo era menos León.

MELCHOR: ¿Cuándo?

VENTURA: En los tiempos del Cid.

Ya todo lo nuevo aplace
a toda España se lleva
tras sí.

MELCHOR: Su buen gusto aprueba
quien de ella se satisface.

¡Bizarras casas!

VENTURA: Retozan
los ojos del más galán;
que en Madrid, sin ser Jordán,
las mas viejas se remozan.

Casa hay aquí, si se aliña
y el dinero la trabuca,
que anocheciendo caduca,
sale a la mañana niña.

Pícaro entra aquí mas roto
que tostador de castañas,
que fiado en las hazañas
del dinero, su piloto,
le muda la ropería
donde hijo pródigo vino
en un conde palatino,
tan presto que es tropelía.

Dama hay aquí, si reparas
en gracias del solimán,
a quien en un hora dan
sus salserillas diez caras.

Como se vive de prisa

no te has de espantar si vieres
metamorphosear mujeres,
casas y ropas.

MELCHOR: A misa
 vamos, y déjate de eso.

Mirando al fondo

¡Brava calle!

VENTURA: Es la Mayor
 donde se vende el amor
 a varas, medida y peso.

MELCHOR: Como yo nunca salí
 de León, lugar tan corto,
 quedo en este mar absorto.

VENTURA: ¿Mar dices? Llámale así;
 que ese apellido le da
 quien se atreve a navegalle,
 y advierte que es esta calle
 la canal de Bahamá.

 Cada tienda es la Bermuda;
 cada mercader inglés
 pechelingue u holandés,
 que a todo bajel desnuda.

 Cada manto es un escollo.
 Dios te libre de que encalle
 la bolsa por esta calle.

MELCHOR: Anda, necio.

VENTURA: Vienes pollo;
 y temo, aunque más presumas,
 que te pelen ocasiones;
 que aun gallos con espolones
 salen sin cresta ni plumas.

MELCHOR: Si yo me vengo a casar
 con sesenta mil ducados,
 y soy pobre, ¿en qué cuidados
 me ha de poner este mar?
 ¿Traigo yo muchos?

VENTURA: Doscientos,

si no ducados, escudos,
que de malicias desnudos,
ignoran encantamentos.

Librólos la corta hacienda
de señor, para tu costa,
y aquí correrán la posta
si no les tiras la rienda.

¿Piensas que sin ocasión
traen cordones los bolsillos?
Pues para poder regillos,
advierte que riendas son,
que tira el considerado,
temeroso de chocar;
porque no hay mayor azar
que un bolsillo desbocado.

MELCHOR: Oigamos agora misa,
que es fiesta, y déjate de eso
pues no soy yo tan sin seso
como tú.

VENTURA: ¡Cáusame risa!
¿Qué va que antes que a tu suegro
--llamo así al que lo ha de ser--
veas, tienes de caer
en la red de un manto negro?

MELCHOR: Anda, que estás ya pesado.
¿Qué iglesia es ésta?

VENTURA: Se llama
La Vitoria, y toda dama
de silla, coche y estrado,
la cursa.

MELCHOR: ¡Bravas personas
entran!

VENTURA: Todos son galanes,
espolines, gorgoranes,
y mazas de aquestas monas.

MELCHOR: Vamos, que es tarde y deseo
ya conocer a mi esposa;
que dicen que es muy hermosa.

VENTURA: ¿Cuándo has visto tú oro feo?
Con seiscientos mil ducados

de dote, ¿qué Elena en Grecia,
y en Italia qué Lucrecia
se la compara?

MELCHOR: Cuidados
diferentes han de darme
motivo de ser su esposo;
que aunque el dinero es hermoso,
yo no tengo de casarme,
si no fuere con belleza
y virtud. Esto es notorio.

VENTURA: Entra, que un fraile vitorio
allí el introíto empieza.

MELCHOR: ¡Oh Madrid, hermoso abismo
de hermosura y de valor!

VENTURA: ¡Oh misa de cazador!
¿Quién te topa en guarismo?

*Vanse los dos. Salen don JERÓNIMO y don
SEBASTIÁN*

JERÓNIMO: Vivimos en una casa,
y así está puesta en razón
nuestra comunicación.

SEBASTIÁN: Como tan presto se pasa
el tiempo en Madrid, no da
lugar aun de conocerse
los vecinos, ni poderse
hablar.

JERÓNIMO: Disculpado está
nuestro descuido; que aquí
En una casa tal vez
suelen vivir ocho y diez
vecinos, como yo vi,
y pasarse todo un año
sin hablarse, ni saber
unos de otros.

SEBASTIÁN: Yo fui ayer
--escuchad un cuento extraño--
en busca de cierto amigo

apoyado en la plaza,
ésta que el aire embaraza,
de su soberbia testigo,
 usurpando a su elemento
el lugar con edificios,
de esta Babilonia indicios,
pues hurtan la esfera al viento.

Pregunté en la tienda, "¿Aquí
vive don Juan de Bastida?"
Y dicen, "No vi en mi vida
tal hombre." Al cuarto subí
 primero, y con una boda
vi una sala que, entre fiestas,
de hombres, y damas compuestas
estaba ocupada toda.

Pregunté por mi don Juan,
y díjome un gentilhombre,
"No hay ninguno de ese nombre
en cuantos en casa están."

Llegué al segundo, trasunto
del llanto y de la tristeza,
y de una enlutada pieza
vi cargar con un difunto.

Al son de responso y llantos
que a dos viejas escuché,
por mi don Juan pregunté.

Respondióme uno entre tantos,
 "No sé que tal hombre viva
en esta casa, señor."

Subí, huyendo del dolor
funesto, al de mas arriba,
 y hallé una mujer de parto,
dando gritos la parida,
y a don Juan de la Bastida
plácemes, que en aquel cuarto

 había un año que vivía
con hijos y con mujer;
de modo que llegué a ver
en una casa, en un día,
 bodas, entierros y partos,

llantos, risas, lutos, galas
 en tres inmediatas salas,
 y otros tres continuos cuartos,
 sin que unos de otros supiesen,
 ni dentro una habitación,
 les diese esta confusión
 lugar que se conociesen.

JERONIMO: Está una pared aquí
 de la otra más distante,
 que Valladolid de Gante.

SEBASTIÁN: Bien podéis decirlo así
 pero ¿con qué pretensiones
 venís a nuestro Babel?

JERÓNIMO: No más que vivir en él,
 y gozar sus ocasiones.

 Tengo un padre perulero,
 que de gobiernos cansado,
 treguas ofrece al cuidado,
 y empleos a su dinero.

 Ciento y cincuenta mil pesos
 trae aquí con que casar
 una hija, en quien lograr
 intereses y sucesos
 que en Indias le hicieron rico.
 La mitad me cabe de ellos.

SEBASTIÁN: ¡Bello dinero!

JERÓNIMO: Y más bellos
 los gustos a que le aplico
 que es de Madrid la hermosura.

SEBASTIÁN: A todos tenéis acción.

JERÓNIMO: Esperamos de León
 un deudo con quien procura
 casar mi padre a mi hermana,
 que maridos cortesanos
 son traviesos y livianos.

SEBASTIÁN: Elección cuerda y anciana.

JERÓNIMO: Y vos, ¿qué hacéis en la corte?

SEBASTIÁN: Un hábito he pretendido,
 que ya medio conseguido,

temo que el plazo me acorte,
 por lo que me ha de pesar
 el dejar esta grandeza;
 que es común naturaleza
 del mundo a queste lugar.

Hele habitado tres años;
 seis mil ducados de renta
 como, tomándome cuenta
 de toda amores y engaños.

Tengo también una hermana,
 que por no hallarse sin mí,
 ha un año que asiste aquí.

JERÓNIMO: ¿Y es su patria?

SEBASTIÁN: Sevillana,
 y en belleza y discreción
 Vénus del Andalucía.
 Y a no ser hermana mía
 y extraña en su presunción,
 os la pudiera alabar
 por sol de la patria nuestra.

JERÓNIMO: Basta ser hermana vuestra.

SEBASTIÁN: Sí, pero es nunca acabar
 si os cuento en lo que se estima.
 De todos hace desprecio;
 el mas Salomón es necio
 si a pretenderla se anima;
 Tersites el más galán,
 Lázaro pobre el más Creso,
 y el más noble, hombre sin seso.
 No quiere venir de Adán,
 porque dice que no pudo
 progenitor suyo ser
 quien delante su mujer
 se atrevía a andar desnudo.

JERÓNIMO: ¡Humor singular, por Dios,
 y digno por su camino
 de estima!

SEBASTIÁN: Nuestro vecino
 sois, y de una edad los dos.
 Como nos comuniquemos,

daréis a la admiración,
como a la risa, ocasión
de celebrar sus extremos.

JERÓNIMO: Yo y mi casa hemos de estar
desde hoy al servicio vuestro.

SEBASTIÁN: Con la voluntad que os muestro,
me habéis siempre de mandar.

Pero ya de misa salen.
Pasad la lengua a los ojs,
si en hechiceros despojos
cuerdas resistencias valen
contra vitoriosas llamas.

JERÓNIMO: Es esta iglesia una gloria
de belleza.

SEBASTIÁN: Y la Vitoria
la parroquia de las damas.

Vanse los dos. Salen don MELCHOR y VENTURA

MELCHOR: ¿No has oído misa tú?

VENTURA: ¿Soy yo turco? Siendo hoy fiesta,
¿Sin misa había de quedarme?

MELCHOR: ¿Dónde la viste?

VENTURA: A la puerta
de esta devota capilla
de la Soledad, y en ella
a un fraile, que esgrimidor,
juntó el pomo a la contera.
¡En qué santiamén la dijo!
¡Oh, quién hacerle pudiera
secretario de la cifra,
o capellan de estafetas!
Entraste tú hasta las gradas,
al olor de la belleza
de damas, tus gomecillos,
que como ciego te llevan;
mas yo que huyo de apreturas,
quedéme a la popa de ellas,
que es rancho de los Guzmanes

en naves, coches e iglesias.

MELCHOR: ¡Ay, Venturilla, cuál salgo!

VENTURA: Saldrás con el alma llena
de devoción de esta imagen,
que entenece su tristeza.
Es de las mas celebradas
de la corte.

MELCHOR: ¡Ojalá fuera
divina mi devoción,
y la imagen causa de ella!
Devoto salgo, Ventura;
pero a lo humano. ¡Ay, qué bella
imagen vi! si es imagen
quien a sí se representa.
¡Ay si de la Soledad
esta hermosa imagen fuera,
y no de la compañía,
porque ninguna tuviera!

VENTURA: ¡Al primer tapón zurrapas!
¡Perdido a la primer treta!
¡En tierra al primero golpe,
y al primer lance babera!
¿Mas que has visto alguna cara
marginada de guedejas,
que el solimán albañil
hizo blanca siendo negra;
manto soplón, con mas puntas
que grada de recoletas,
de aquella castaña erizo,
y archeros de aquella alteza,
que al descuido cuidadosa,
al viento de la veleta,
o abanico, te enseñaba
por brújula la cabeza?
Sería peli-azabache
la prohijada cabellera,
puesta, como defensivo
encima de la mollera;
toca y valona azulada,
banda que el pecho atraviesa,

vueltas y guantes de achiote,
 guantes de pita, y firmeza,
 escapulario y basquiña
 de peñasco, a la frailega,
 chapín con vira de plata,
 crugiendo a ropa de seda,
 la camándula en la mano.

MELCHOR: Ventura, palabras deja
 aplicadas a tu humor,
 y en esa mano te queda,
 que es la que he visto no más.
 ¡Ay qué mano! ¡Qué belleza!
 ¡Qué blancura! ¡Qué donaire!
 ¡Qué hoyuelos! ¡Qué tez! #161;Qué venas!
 ¡Ay qué dedos tan hermosos!

VENTURA: ¡Ay qué uñas aguileñas!
 ¡Ay qué bello *rapio, apis!*
 ¡Ay qué garras monederas!
 ¡Ay qué tonto moscatel!
 ¡Ay qué bobuna leonesa!
 Y ¡Ay qué bolsillo precito,
 si mi Dios no lo remedia!
 ¿Que no la viste la cara?

MELCHOR: ¿De qué suerte pude verla,
 si me embarazó los ojos
 aquella blancura tierna,
 aquel cristal animado,
 aquel...

VENTURA: Di candor, si intentas
 jerigonzar critiquicios;
 di que brillaba en estrellas,
 que emulaba resplandores,
 que circulaba en esferas,
 que atesoraba diamantes,
 que bostezaba azucenas.
 ¿De una mano te enamoras,
 por el sebo portuguesa,
 dulce por la vírgen miel,
 y amarga por las almendras,
 sin un adarme de cara,

sin ver un ojo, una ceja,
 un asomo de nariz,
 una pestaña siquiera?
 ¡Jesús, qué bisoñería!

MELCHOR: Necio, si probar deseas
 mi cólera, di dislates.

VENTURA: ¿Ya estás en la corredera?
 Prosigue.

MELCHOR: Una mano hermosa,
 blanca, poblada y perfeta,
 que tiene acciones por almas
 y tiene dedos por lenguas.
 Hará enamorar un mármol;
 y la que yo vi pudiera
 menospreciar voluntades,
 descortesés por exentas.
 Cúpome, al oír la misa,
 su lado; y cuando la empiezan,
 quitó la funda al cristal,
 y en la distancia pequeña
 que hay desde el guante a la frente
 vi jazmines, vi mosquetas,
 vi alabastros, vi diamantes,
 vi, al fin, nieve en fuego envuelta.
 Tenía hasta el pecho el manto
 y santiguóse cubierta.
 Pudo ser de verme así
 trasformado en su belleza.
 Volvió en ocasos de ámbar
 segunda vez a esconderla,
 hasta que en pie al evangelio
 amaneció aurora fresca.
 Santiguóse al comenzarle,
 y al darle fin encarcela
 hasta el *Sanctus*, que desnuda
 da aldabadas a la puerta
 del pecho, llamando al alma,
 que deseosa de verla,
 debió penetrar cartones,
 pues corazones penetra.

Duró esta vez el gozarla
 sin la prisión avarienta,
 hasta consumir el cáliz.
 ¡Ay Dios, si mil siglos fueran!
 Volvió a ponérseme el sol
 hasta que acabando, empiezan
 el evangelio postrero,
 siendo también la postrera
 liberalidad feliz
 que hizo a mi vista, ciega
 con la oscura privación
 de su cándida pureza.

VENTURA: A tragos te la sorbiste,
 si no es que contigo juega
 al escondite, esa mano,
 ¿Hay más de eso?

MELCHOR: Oye, y espera.
 Estaba yo reduciendo
 a los ojos mis potencias,
 para que todas gozasen
 la gloria de su belleza,
 cuando vi junto a ella un hombre
 que en el talle y la apariencia
 pasaba plaza de honrado,
 cortarle, con sutileza
 ingeniosa, del cordón
 un bolsillo. ¿Quién creyera
 que de tal civilidad
 fuera apoyo tal presencia?
 Amábala yo, y así
 corría ya por mi cuenta
 el defender prendas tuyas;
 pero por no hacer la afrenta
 pública del robador,
 antes que el hurto escondiera
 asíéndole de la mano,
 le vituperé a la oreja
 la acción de su talle indigna,
 respondiendo su vergüenza
 en la cara por escrito

lo que no pudo la lengua.
 Quitéle en fin el bolsillo,
 y atribuyendo a pobreza
 lo que debió ser costumbre,
 saqué de la faltriquera
 un doblón, que por hallazgo
 de tan estimada prenda
 le di, con que en un instante
 despejó misa a iglesia.
 Cesó el no oído oficio,
 que me holgara o que fuera
 de pasión; desocupóse
 la capilla, donde queda
 rematando en el rosario
 mi divina mano cuentas,
 cuyo alcance han de pagar
 desde este punto mis penas;
 y salgo a guardarla aquí;
 deseando que amanezca
 el alba de aquella mano,
 cuando, cisne puro, vuelva
 a bañarse en la agua santa
 que en esta pila desean
 mis esperanzas gozar,
 después que no la ven, secas.

VENTURA: ¡Válgate el diablo por mano!

La primera vez es ésta
 que entró el amor por grosura.
 Manotada te dió fiera.
 Mas ven acá. Si esta mano
 viene a ser, cuando la veas,
 de algún rostro polifemo,
 o alguna cara juaneta,
 ¿Qué has de hacer?

MELCHOR: ¡Eres un tonto!

La sabia naturaleza
 distribuyó proporciones
 en sus fábricas discreta.
 Mano de tal perfección
 fuera culpable indecencia

que sirviese de instrumento
 a cara menos perfeta.
 Mandó Alejandro pintar
 en una tabla pequeña
 la corpulencia de Alcides;
 y por mostrar su grandeza
 solamente pintó Apeles
 el dedo pulgar, que intentan
 medir gigantes a varas;
 para que hiciesen la cuenta
 qué tan grande sería el cuerpo
 de quien en un dedo emplea
 aritméticas medidas
 y yo, de la suerte mesma,
 conjeturo por la mano
 qué tal será la belleza
 del dueño de tal ministro.

VENTURA: ¡Bueno! ¿Ejemplos me alegas?

Pues allá va el mío, escucha:
 una dama en la apariencia,
 pasaba por una calle,
 hollándola airosa y tiesa
 más que un alcalde de corte,
 enamoróse de verla
 un galán, por las espaldas
 porque el talle y gentileza
 con que jugaba el chapín
 y tremolaba la seda,
 cuando manos, prometían
 una española Belerma.
 Adelantó susto y pasos,
 y volviendo la cabeza,
 vio un ángel de Monicongo
 con una cara pantera.
 Santiguóse el hombre, y dijo,
 "¡Jesús! ¡Delante tan fiera
 y tan hermosa detrás!"
 Y respondióle la negra,
 "Si parécele misor
 espaldas que delantera,

y transera estar hermosa,
 bese vuesancé transera."
 Enamórate de manos,
 antes que tu dama veas,
 y podrá ser cuando salga,
 que lo mismo te suceda.

MELCHOR: Si vieras tú aquella mano
 y aquel talle, no dijeras
 blasfemias a su hermosura.

VENTURA: A tu amor digo blasfemias.

MELCHOR: Ya sale; apártate, y mira
 la hermosa mano que llega
 a trasformar gotas de agua,
 si no en diamantes, en perlas

*Salen doña MAGDALENA y QUIÑONES,
 cubiertas con manto, y la primera una mano sin guante, como quien
 acaba de tomar agua bendita*

QUIÑONES: Estarán a la otra puerta
 los escuderos y el coche.

Don MELCHOR se acerca a doña MAGDALENA

MELCHOR: Deslútle al sol la noche,
 dejad su luz descubierta,
 pues no es bien cuando despierta
 deseos en que me abraso,
 señora, que al mismo paso
 que la adoro, me atormente
 y, apenas goce su oriente,
 cuando me aflija su ocaso.
 Crepúsculos tiene el día,
 como al nacer, al ponerse,
 que ven antes de esconderse
 los que adoran su alegría.
 Sol hermoso, mano mía,
 si al nacer me os habéis puesto

en el ocaso molesto
 que mis esperanzas ciega,
 sol pareeeis de Noruega
 pues os escondéis tan presto.

Agua traéis. No me espanto
 si Amor llamas multiplica
 porque llover pronostica
 el sol, cuando abrasa tanto.
 Basta que el avaro manto
 sirva de nube sagrada
 a esa gloria idolatrada.
 Descubríos, blanca aurora,
 que dirán que sois traidora,
 pues dais muerte, disfrazada.

MAGDALENA: Caballero, ni el lugar
 esas lisonjas abona,
 ni la que hablais es persona
 que os las tiene de feriar.
 Excusadlas de gastar,
 o dad orden de lucirlas
 a quien merezca admitirlas
 o procure agradecerlas;
 que ni yo sé responderlas
 ni tengo gusto de oírlas.

A QUIÑONES

VENTURA: ¿Tiene vuesa dueñería
 la mano, cual su señora,
 culta, animada, esplendorosa,
 gaticinante y harpía?
 ¿Brillarále la uñería
 cuando el caldo escudillice
 o la loza estropajice,
 exhalando cada vez
 las aromas que a las diez
 vierta, cuando bacinice?
 Desencarpine ese pie...
 Iba a decir esa mano.

*QUIÑONES le da una bofetada a
VENTURA*

QUIÑONES: ¡Jó, majadero!
VENTURA: De llano
bofetón! ¿Afrenta fue?

A doña MAGDALENA

MELCHOR: Hoy a esta corte llegué,
creyendo que amanecía;
mas es tal la suerte mía,
que, cuando más venturosa,
el sol de esa mano hermosa
me anochece a mediodía.

MAGDALENA: Todo está bien ponderado.
Si a ganar habéis venido
nombre de bien entendido,
ya, hidalgo, le habéis ganado.
Preciáos de considerado,
como de discreto agora
y advertid que el sitio y hora
no es acomodado. Adiós.

MELCHOR: Será fuerza el ir tras vos,
si os partís así; señora.

MAGDALENA: Pues serálo si eso hacéis;
que el buen crédito perdáis
que cortesano ganáis,
y algún daño ocasionéis.

MELCHOR: No intento yo que me deis,
habiéndome acreditado,
nombre de necio y pesado,
sino de restaurador
de una prenda de valor
que os han del cordán cortado.
Mirad lo que os falta de él;
cobraldo, y luego partíos,

puesto que mis desvaríos
os den nombre de crüel.

MAGDALENA: Un bolsillo estaba en él;
pero de poca importancia.

MELCHOR: No tiene el mundo ganancia
con la de éste, por ser vuestro.

Aparte VENTURA y su amo

VENTURA: ¡Cuerpo de Dios, que es el nuestro!

MELCHOR: Calla, necio.

VENTURA: ¡Que ignorancia!

MELCHOR: Un ladrón os le ha robado,
y yo os le he restituido.

En hallazgo de él, os pido
que al sol quitéis el nublado.
Vea yo el cielo estrellado
que en ese manto se esconde;
que si al cristal corresponde
de la mano que encubris,
a ser el fénix venís
que en Arabia al sol responde.

MAGDALENA: No es ése el que yo traía.

Hablan aparte VENTURA y don MELCHOR

VENTURA: Que es el nuestro.

MELCHOR: ¡Vive el cielo,
Si no callas...

A doña MAGADLENA

El recelo
turbar al ladrón podía.
Si por oficio tenía
quitar las prendas que os nuestro,

y era en el hurtar tan diestro,
 muchas como éstas tendrá,
 y este bolsillo será
 por derecho desde hoy vuestro.

Gozad su restitución,
 si no es que por no pagar
 el hallazgo, queréis dar
 a mis quejas ocasión.

MAGDALENA: En daño suyo el ladrón,
 o liberal o turbado,
 a los dos nos ha engañado;
 y si admitirle no quiero,
 es porque ese viene entero,
 y el que me hurtó va cortado.
 La mitad de los cordones

*Muéstrale un pedazo de los cordones con que se
 cerraba el bolsillo que traía a la cinta*

me dejó. Sacad por vellos
 la distinción que hay en ellos,
 y no malogréis razones.
 Si atrevimientos ladrones
 la causa de ese hurto han sido
 y no hay señor conocido,
 a la Merced le llevad,
 o si no a la Trinidad,
 que recogen lo perdido,
 y dejadnos, porque hay ojos
 que cuidadosos nos ven,
 y no sé que os esté bien,
 si dais motivos a enojos.

MELCHOR: Yo de robados despojos
 no he de ser depositario.

VENTURA: (¿Hay hombre más temerario?) Aparte

MELCHOR: Sedlo vos mientras parece
 el dueño, si es que merece
 tal favor su propietario.

MAGDALENA: Importunidad cansada

es la vuestra. Porque os vais,
y el paso no me impedáis,
he de hacer lo que os agrada.
Dádsele a aquea criada...

VENTURA: (¡Qué escrupuloso desdén!)

Aparte

MAGDALENA: Que en mí no parece bien
ni guardarlo, ni admitillo.

VENTURA: (Espiró nuestro bolsillo. Aparte

Requiescat in pace, amén.

MAGDALENA: Y por si acaso volviere
su dueño por él, podréis
decir, si con él os veis,
que aquí mañana me espere.
Daréis pesar al que os viere
seguir donde voy; y así
por me hacer merced a mí
y por ser tan cortés vos,
mientras me ausento, los dos
no habéis de pasar de aquí.

Esto quiero suplicaros.

MELCHOR: Y yo quiero obedeceros,
sin esperanza de veros,
sin remedio de olvidaros.
En fin, ¿podré aquí aguardaros,
si traigo el dueño?

MAGDALENA: A las dos
volveré, sólo por vos,
que sois galán cortesano.

MELCHOR: Dadme una seña.

MAGDALENA: Esta mano.

Quítase de una mano el guante

MELCHOR: ¡Ay aurora hermosa!

MAGDALENA: Adiós.

Vanse doña MAGDALENA y QUIÑONES

MELCHOR: Venturilla, mi ventura
 encarece. No seas recio,
 ni me digas disparates;
 que tú vendes por consejos.
 Comprar por un poco de oro
 los cinco climas del cielo,
 la vía láctea nevada,
 el sol de hermosos reflejos,
 ¿no es lance digno de estima?
 ¿No es barato?

VENTURA: Sí, y por eso
 dicen, "Lo barato es caro."
 Tú encarecerás el sebo
 de cabrito antes de mucho,
 pues solamente por verlo
 doscientos ducados diste,
 cuarenta por cada dedo;
 y esto a ver, y no a tocar.
 A fe, si viene a saberlo
 Martín Danza, que él te hospede
 en el nuncio de Toledo.
 ¿Qué habemos de hacer agora,
 sin la mano y sin dineros?
 Medio día era por filo,
 y ni hay blanca, ni comemos.

MELCHOR: Impertinente, ¿no sabes
 que me está aguardando un suegro
 con sesenta mil ducados?

VENTURA: ¿Y si ése se hubiese muerto,
 acomodado la novia,
 o le parecieses feo,
 y te echase en hora mala,
 que es mujer, y puede hacerlo?

MELCHOR: ¿Feo yo?

VENTURA: Pues siendo pobre,
 ¿hay Sacripante, hay Brunelo,
 hay tiburón, hay caimán
 más asqueroso y más fiero?
 ¿Hay sátiro como tú

sin blanca?

MELCHOR: Pues según eso,
para una mujer tan rica,
¿podía dejar de serlo
por un bolsillo de escudos?

VENTURA: No la olieras, por lo menos,
a pelón o contagioso,
que huye casamientos
cuando huele mal la boca.
Alcorzas la dan remedio
que disimulan olfatos
y las damas de este tiempo,
que faldriqueras oliscan,
si no exhalan el aliento
dorado, vuelven el rostro,
escupen y hacen un gesto.
Con estos pocos de escudos
remediaras tus defetos.
Como guantes de polvillos,
lo que duran, poco y bueno.
Pero agora, yendo a vistas
sin un real, por Dios, que temo
que al instante que te mire,
le has de oler a perro muerto.

MELCHOR: ¿No tengo el bolsillo yo,
que en ser suyo, es de mas precio
que cuanto el Oriente cría?

VENTURA: Al que se lleva me atengo.
¿Mas que no tiene seis cuartos!

MELCHOR: Hoy has dado en majadero.

VENTURA: Si de manos te enamoras,
seré mano de mortero.

MELCHOR: No había de codiciarle
el ladrón, a no estar cierto
de su valor, ni ponerse
en tan evidente riesgo.

VENTURA: ¿Hay más que abrirle?

MELCHOR: Verásle.

Saca un bolsillo lleno

VENTURA: ¡Oh, virgen del Buen Suceso!

Dadnosle en esta ocasión,
y otro de cera os ofrezco.

MELCHOR: Mira ¡qué proveído está!

VENTURA: Déjame tomarle el peso.

MELCHOR: ¿Qué te parece?

VENTURA: Por Dios,
que es en lo pesado un necio.
Alma tiene de arcabuz.
Abrámosle, que recelo
que es barriga de opilada,
y habrá tomado el acero.

*Saca don MELCHOR un envoltorio de papel dentro del
cual hay una piedra*

¿Qué es eso?

MELCHOR: Un papel preñado.

VENTURA: No será virgen su dueño.
Desenvuélvele.

MELCHOR: ¿Quién duda
que alguna joya está dentro?
Esto era lo que pesaba.

VENTURA: Date prisa ya, sabremos
si es hijo o hija.

MELCHOR: Hija fué.

VENTURA: Y yo los dolores temo.

Don MELCHOR le muestra la piedra

MELCHOR: Una piedra es verde oscura,
atada a un listón.

VENTURA: Enfermo
de piedra estaba el bolsillo,
y tú has sido su potrero.

MELCHOR: Oye, en este papel dice

"esta piedra es por extremo
buena para el mal de ijada."

VENTURA: Désele Dios a su dueño.

¿De la ijada, y no es atún?

Enfermedad es de viejos

y la tapada será

en la edad censo perpetuo.

De pedradas nos ha dado.

¿Queda más?

MELCHOR: Sí.

VENTURA: Saca presto.

Don MELCHOR saca lo que dice

MELCHOR: Éste es un dedal de plata.

VENTURA: De dallo fue su embeleco.

MELCHOR: Éste es un devanador.

VENTURA: Los tuyos son devaneos.

MELCHOR: Y es de ébano.

VENTURA: De Eva, no;

que Eva, en fin, andando en cueros,

no te engañara tapada.

¿No te deshagas del truco?

MELCHOR: Tres sortijas de azabache,

y cuatro de vidrio.

VENTURA; El precio

se llevó, y tú la sortija.

MELCHOR: Reír me haces.

VENTURA: ¿Hay más de eso?

MELCHOR: No hay otra cosa, Ventura.

VENTURA: Tan mala se la dé el cielo,

como a las dos nos la ha dado.

MELCHOR: Yo por tan feliz la tengo,

que en estas prendas adoro,

por la mano en que estuvieron.

Que mañana vuelva aquí

me manda, y alegre espero

alguna ventura oculta,

influencia de su cielo.

VENTURA: ¿Y crees tú que volverá?
MELCHOR: Pues ¿hay que dudar en eso,
habéndolo prometido?
VENTURA: ¿A volverte los doscientos?
MELCHOR: Si yo los admito, sí.
VENTURA: De azotes se los prometo,
si ella hace tal necedad.
MELCHOR: ¡Qué pesado!
VENTURA: ¡Qué ligero!
MELCHOR: Por señas, ¿no me mostró
la mano?
VENTURA: El arañudero,
dirás mejor, de bolsillos.
Vamos a buscar el viejo,
que ha de ser nuestro socorro.
MELCHOR: Si a ver aquel ángel vuelvo,
no sé cómo he de poder
casarme.
VENTURA: ¿Ángel, y de negro,
con uñas? Llámole diablo.
MELCHOR: Es sol de nubes cubierto.
VENTURA: Bien dices que es sol... con uñas.
MELCHOR: Vamos; mas oye, ¿qué es eso?

Salen don LUIS y don JERÓNIMO

LUIS: Os digo que es don Melchor.
MELCHOR: ¡Oh primo! ¿El primero encuentro
es con vos? Dichoso he sido.
LUIS: Dos días ha que os espero,
pues conforme a vuestra carta,
si salísteis de León luego
que se escribió, desde ayer
tardáis.
MELCHOR: Atribuíd al tiempo,
con tanta lluvia enfadoso
la culpa, y no a mis deseos,
que ya, amigo Don Luis,
se han cumplido, pues os veo.

LUIS: Hablad a vuestro cuñado.
 Mejor diré hermano vuestro;
 que como tal os aguarda.

JERÓNIMO: Yo os doy los brazos, contento
 de ver cuán bien corresponde
 a la fama que tenemos
 de vos, vuestra gallardía,
 puesto que con sentimiento
 de que os hayáis apeado,
 y no en mi casa.

MELCHOR: Ahora llego,
 y la poca certidumbre
 que en esta confusión tengo
 de sus calles y sus casas,
 me disculpa.

JERÓNIMO: Yo la aceto,
 y a ganar voy las albricias
 de mi hermana; que no quiero
 que improvisas turbaciones
 malogren gustos de veros;
 que os tiene muy deseado.

MELCHOR: Paga mi fe.

JERÓNIMO: Entreteneos
 con don Lúis, entre tanto
 que aviso a mi padre y vuelvo;
 si no es que en su compañía,
 por apresurar deseos,
 queréis honrar nuestra casa.

A don LUIS

MELCHOR: Disponedlo al gusto vuestro.

LUIS: Conmigo irá de aquí a un rato.

JERÓNIMO: Adiós pues.

Vase don JERÓNIMO

LUIS: ¿Qué traéis de nuevo

que contarme de León?

MELCHOR: Nada; todos quedan buenos,
vuestros padres y los míos.
y a vos, ¿cómo os va de pleitos?

LUIS: Salí con mi mayorazgo.

MELCHOR: El parabién os ofrezco.

LUIS: Venturilla, ¿cómo vienes?

VENTURA: Enfadado de venteros,
trotando por esos llanos,
trepando por esos puertos,
y ofreciendo a Bercebú
a cierta mano de tejo
que hemos engastado en oro.

Aparte a VENTURA

MELCHOR: ¿Quieres callar, majadero?

LUIS: Venís muy enamorado?

MELCHOR: No sé lo que os diga en eso
lo que sobra por oídas
y lo que basta hasta verlo.
No sé yo porqué al Amor
le llaman y pintan ciego,
pues lo que no ve, no estima.

LUIS: ¡Ay! ¡Qué de mal me habéis hecho!

MELCHOR: ¡Yo! ¿Cómo, o porqué?

LUIS: Mejor
es reprimir pensamientos,
y desahuciar esperanzas
que enemistaran con celos.
Vos sois pobre; vuestra dama
tiene sesenta mil pesos,
que ensayados son escudos;
yo soy rico, y vuestro deudo.
No he de competir con vos.

MELCHOR: Don Lúis, si sois discreto,
¿por qué me habláis con preñeces?

LUIS: Ya no lo son, si lo fueron.
Doña Magdalena hermosa

os espera como a dueño
 de su hacienda y libertad,
 con amor libre y honesto.
 Idolatrara yo en ella,
 a no estar vos de por medio,
 y pretendiera imposibles.
 por vos, que amor crece entre ellos.
 Vámosla a ver. No hagáis caso
 de fábricas que en el viento
 desvaneció vuestra vista,
 digna de tan noble empleo.
 Ella os ama; yo la adoro;
 mas sacaréla del pecho,
 aunque me cueste la vida,
 con la ausencia o con el tiempo.

MELCHOR: Primo, puesto que a casarme
 de Leon a Madrid vengo,
 no es de suerte enamorado
 al interés que pretendo
 que no sea lince mi honor,
 con que velando penetro
 dificultades que esconden
 vuestros confusos misterios.
 Si queréis y sois querido,
 proseguid, que yo os prometo
 que su oro no sea bastante
 a dorar de amor los hierros.
 Declaraos, si sois amigo.

LUIS: ¿Qué hay que declarar? Yo quiero
 a quien por dueño os aguarda;
 pero no hagáis argumento
 de lo que os digo, ni agravio
 del mínimo pensamiento
 de vuestra dama o esposa;
 porque, por la luz del cielo,
 que hasta agora en mí no ha visto
 una centella del fuego
 que me abrasa; ni en virtud
 tiene España tal ejemplo.
 Fuila a ver de vuestra parte,

las vuestras encareciendo;
 y amor, que es potencia todo,
 rindióse viendo su objeto.
 Pero amor en los principios
 es niño, y múdase presto.
 Yo me ausentaré esta tarde,
 por aguardarme en Toledo
 amigos y ocupaciones.
 Asegurad, primo, miedos;
 que no es bien perdáis por mí
 tal belleza y tal provecho.

MELCHOR: No le tengo yo por tal
 si ha de ser en daño vuestro;
 ni es mi voluntad tan libre
 que no haya los ojos puesto
 en prendas mercedoras
 de señorear deseos,
 que tibios, por no empleados,
 sabrán deshacer conciertos.
 Ni yo a quien amáis he visto,
 ni en viéndola me prometo
 tanto, que pueda mudar
 las memorias que conservo.
 ¿Qué sé yo si agradaré
 a esa dama, que habrá hecho
 ausente retratos míos
 allá en el entendimiento,
 y por no corresponder
 el original con ellos,
 me aborrezca, pues no iguala
 la verdad á los deseos?
 Primo, no habéis de ausentaros.

LUIS: Vámosla a ver, que ya es tiempo.
 Plegue a Dios que no os agrade.

MELCHOR: (¡Ay mano! ¡Ay cristal! ¡Ay cielo! Aparte
 Con una mano en los ojos,
 ¿qué he de ver estando ciego?)

VENTURA: (Mano, vive Dios, de Judas, Aparte
 pues lleva bolsa y dineros.)

*Vanse todos. Sale doña MAGDALENA,
vistiéndose otro traje, y QUIÑONES*

MAGDALENA: ¿Que don Melchor ha venido?

QUIÑONES: Si no te engaña tu hermano,
ya llega a darte la mano.

MAGDALENA: Iguálame ese vestido;
que con el otro que dejo,
los pensamientos desnudo
que aquel extranjero pudo
engendrar. Dame ese espejo.
Ponme esa valona bien.
¿Está bueno este cabello?

QUIÑONES: Tal, que estando Amor cabe ello,
rendirá a cuantos le ven.

MAGDALENA: ¡Ay, Quiñones, y qué susto
me causa aquesta venida!
Tenía yo divertida
el alma, y no sé si el gusto,
con la memoria apacible
del forastero galán.
¡Y ántes de verle me dan
Esposo! ¡Caso terrible!
¡Que tenga tanto poder
la obediencia y el honor!

QUIÑONES: Dilata mas el color
de ese carrillo.

MAGDALENA: Sin ver,
¿he de amar a quien aguarda?
Quiñones, ¿no es caso fiero?

QUIÑONES: Galán era el forastero.

MAGDALENA: Y sobre galán, gallardo.
¡Ay! ¡Quien pudiera eompralle,
ya que mis penas escuchas,
una de las partes muchas
que tiene: la gracia, el talle
con que hacer a don Melchor
como él...! Si no tan perfeto
Tan amante o tan discreto.

QUIÑONES: Podrá ser que sea mejor.

MAGDALENA: ¿Cómo será eso posible?

¡Tan cortés urbanidad!

¡Tanta liberalidad!

¡Y sazón tan apacible!

No era digna de ella yo.

Roguéle no me siguiese,

ni donde vivo supiese;

y obediente, se quedó

inmóvil en aquel puesto,

si, como ya lo advertiste,

entre confiado y triste,

solo a agradarme dispuesto.

Luego ¿tu piensas que ignoro

que no fue él el robador

del usurpado favor,

que me restituyó en oro?

QUIÑONES: Para mí no hay dudar de eso.

MAGDALENA: Pues de tanta eficacia es

conmigo, no el interés,

la acción sí, que te confieso

que hechizo para mí ha sido.

QUIÑONES: Es grande hechicero el dar.

Inmenso y rico es el mar,

y recibe agradecido

el tributo sucesivo

del arroyuelo menor;

que en los estudios de amor

sólo hay libros de recibo.

Pero ¿de qué sirve ya

hacer de él memoria en vano,

si para darte la mano

tu esposo a la puerta está?

MAGDALENA: De que salga regalado

del alma y memoria mía;

que al huésped es cortesía

el despedirle obligado.

Mas los vecinos de arriba

pienso que me entran a ver.

*Salen doña ÁNGELA y don
SEBASTIÁN*

SEBASTIÁN: La vecindad suele ser,
cuando en la igualdad estriba
que conserva la amistad
si es que la vuestra merezco,
un grado de parentesco,
señora, de afinidad.

Hémosla ya profesado
vuestro hermano y yo; y así
a doña Ángela pedí
que aumentase aqúeste grado
entrándoos a visitar,
y a dárseos por servidora.

MAGDALENA: Casa en que tal dueño mora,
es muy digna de estimar,
y más el ofrecimiento
con que esta merced me hacéis,
cuando en mí, señora, veis
tan corto merecimiento.

Mas con tan noble vecina
seré dichosa desde hoy.

ÁNGELA: Vuestra servidora soy,
y fuera vuestra madrina
ya que bodas esperáis,
si hallara desocupada
aquesta plaza.

MAGDALENA: Obligada,
quiero que merced me hagáis;
que hasta aquí no os he servido
para suplicaros eso.
Que estoy turbada confieso.

ÁNGELA: ¿A quién no turba un marido?

MAGDALENA: Y más quien cual yo le aguarda,
y el talle que tiene ignora.

SEBASTIÁN: El honor no se enamora;
que solas las leyes guarda
de la opinión, y hasta en esto

mostráis vuestra discreción.

ÁNGELA: Por excusar la ocasión
en que ese susto os ha puesto,
el matrimonio rehusó.

MAGDALENA: Crüel es vuestra hermosura.

ÁNGELA: ¡Jesús! Delante de un cura,
por más que el cielo dispuso
que se desposen así,
y tanta gente, ¿ha de haber
tan atrevida mujer,
que le diga a un hombre "sí"?

SEBASTIÁN: Pues ¿qué escrúpulo hay en eso?

ÁNGELA: ¡Jesús! Quien hace tal cosa,
o es muy libre y animosa,
o no tiene mucho seso.

*Salen don ALONSO, don JERÓNIMO, don LUIS, don
MELCHOR y VENTURA*

ALONSO: Atribuye A tu ventura,
como a mi buena elección,
hija, el que en esta ocasión
corresponda a tu hermosura,
el noble merecimiento
del dueño que te escogí.
Vesle, Magdalena, aquí.
No pudo tu pensamiento,
por más que encarecedor
galán te le haya pintado,
ser más que un tosco traslado
del talle de don Melchor.
Haz cuenta que en él abrazas
de don Juan la imagen propia;
que yo viéndole en su copia,
miéntras tú su cuello enlazas,
mostraré mi regocijo,
renovando en esta edad
la juvenil amistad
del noble padre, en su hijo.

No quiero yo más hacienda
 que la heredada virtud
 que miro en su juventud.
 El padre avariento venda
 al oro la libertad
 de sus hijas; que el valor
 de tu esposo don Melchor,
 y la ley de mi amistad,
 juzga por más oportuna
 la sangre que la riqueza,
 cuanto la naturaleza
 se aventaja a la fortuna.
 Dale la mano.

*Hablan aparte doña MAGDALENA con
 QUIÑONES, y don MELCHOR con VENTURA*

MAGDALENA: ¡Ay Quiñones,
 éste ¿no es el forastero
 que fue usurpador primero
 de mis imaginaciones?

QUIÑONES: Sí, señora. En la Vitoria
 éste fue quien la alcanzó
 d ti. ¿Qué dicha llegó
 a la tuya?

MELCHOR: La memoria
 de aquella mano, Ventura,
 como quien ve por antojos,
 tiene ocupados mis ojos.
 ¡Fea mujer!

VENTURA: ¿Qué hermosura
 se igualará a la presente?
 Pero dejando la cara,
 en la candidez repara
 de aquella mano esplendente,
 que es la misma, vive Dios,
 que melindrizó el bolsillo.

MELCHOR: Anda, borracho; aun decillo
 es blasfemia.

sea alguna necesidad,
 yo juzgo por caso recio
 la primer vez que os adoro
 entrar contra mi decoro,
 por los umbrales de necio.

MAGDALENA: Estáis tan acreditado
 conmigo ya, que si fuera
 posible que en vos cupiera
 esa ley de desposado,
 juzgara por discreción
 cualquier desacierto vuestro.

VENTURA: Cada cual se dé por diestro.
 Buena está la introducción,
 y vuesa merced me tenga
 cuando me vaya a caer;
 que habemos los dos de ser
 un par hasta que otro venga.

SEBASTIÁN: Entre tanto parabién
 los de un vecino admitid,
 de quien podréis en Madrid
 serviros siempre, y también
 los de mi hermana que agora
 añade a su vecindad
 nuevos grados de amistad.

JERÓNIMO: Doña Ángela, mi señora,
 y el señor don Sebastián,
 posan los cuartos de arriba,
 y en su noble sangre estriba
 la voluntad con que os dan
 parabienes, que merecen
 mucho.

A don JERÓNIMO

MELCHOR: Salid vos por mí
 fiador, pagaréis así
 los favores que me ofrecen;
 Que como recién venido,
 caer en mil faltas temo.

ÁNGELA: (El leonés es por extremo, Aparte
como no oliera a marido.)

ALONSO: Esta noche habéis de ser
mis convidados los dos.

SEBASTIÁN: Basta mandárnoslo vos.

VENTURA: (Eso sí; haya que comer.) Aparte

Aparte a don MELCHOR

ALONSO: Ya estáis, hijo, en vuestra casa.
Desposado saldréis de ella.

Aparte don LUIS y don MELCHOR

LUIS: ¿Haos parecido muy bella
la novia? ¿Mas que os abrasa?
¿Mas que ya habéis olvidado
aquella mano homicida?

MELCHOR: Quien bien ama, tarde olvida;
que estoy más enamorado
por ella, amigo, os advierto.

LUIS: ¿Pues no es la de vuestra esposa,
para mano, tan airosa,
y tan bella?

MELCHOR: No por cierto.

*Hablan aparte doña MAGDALENA y
QUIÑONES*

QUIÑONES: ¿Hay suerte como la tuya?
¡Que el primer hombre que vinieres
Sea tu esposo! ¡Dichosa eres!

MAGDALENA: No sé de eso lo que arguya.
Pensamientos solicitan
guerra, en mi pecho, crüel,
y si unos vuelven por él,
otros le desacreditan.

JERÓNIMO: (Temo que nuestra vecina, Aparte
según lo que en mi alma pasa,
por dueño se quede en casa.)

LUIS: (¡Ay Magdalena divina! Aparte
Ya te lloro enajenada.)

QUIÑONES: ¿Cómo te llamas?

VENTURA: Ventura.

QUIÑONES: Buen nombre y mala figura.

VENTURA: Soylo, mas no descartada.

*Don SEBASTIÁN habla aparte con su hermana,
doña ÁNGELA*

SEBASTIÁN: ¿Qué, hermana, te ha parecido
del leonés forastero?

ÁNGELA: Gallardo para soltero,
pesado para marido.

MELCHOR: (¡Ay! Mano hermosa, cumplid Aparte
palabras y juramentos.)

VENTURA: (¡Ay, mis escudos doscientos, Aparte
espirasteis en Madrid!)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

*Salen doña MAGDALENA, de luto bizarro, y
QUIÑONES*

MAGDALENA: ¿Qué sacas de encarecer

la dicha que he conseguido
en que esposa venga a ser
del primero que he querido,
y que llegue a merecer
las partes que en don Melchor
rindieron mi voluntad
su gentileza, valor,
talle, liberalidad,
discreción, gracia y amor?

Pues todas ésas, Quiñones,
si fueron ponderaciones
primero de mi afición,
ya de mis recelos son
sospechosas ocasiones.

QUIÑONES: No me espanto. Todo aquello

Que está en ajeno poder,
tiene el gusto por más bello,
y el valor suele perder,
en llegando a poseello.

Juzgaste ayer a tu esposo
por prenda ajena; y así
te pareció más hermoso.
Viene a ser tu dueño aquí,
y júzgasle ya enfadoso.

Efímera es tu afición:
toda ayer ponderación
y hoy desdén toda y mudanza.

¿Quién vio morir la esperanza
antes de la posesión?

¿Es posible que tan presto
aborreces lo que amabas?
No en balde luto te has puesto
por los deseos que acabas
de enterrar.

MAGDALENA: No estás en esto

de amar, Quiñones, tan diestra,
que los peligros rehuses
que el yugo conyugal muestra.

Y así no es mucho que acuses
mi amor, si no eres maestra.

De suerte a don Melchor quiero
después que a esta casa vino,
que si me agradó primero,
mi amor es ya desatino,
pues sin él, morir espero.

Mas, ¿con qué seguridad
rendiré mi voluntad
a quien, con tan fácil fe,
la primer mujer que ve
triunfa de su voluntad?

Hombre que a darme la mano
viene aquí desde León
y es tan mudable y liviano
que a la primera ocasión,
liberal y cortesano,

a un manto rinde despojos
y a una mano el alma ofrece.

¿No quieres que me dé enojos
quien así se desvanece?

Y sin penetrar sus ojos

lo que, por no ver, ignora,
se suspende y enamora,
exagera, sutaliza,
y palabras autoriza,
pues con escudos las dora.

¿Qué satisfacción dará
a quien por dueño le espera?

¿O quién me asegurará
de voluntad tan ligera,
que, desposado, no hará
lo mismo con cuantas mire,
y yo con él mal casada,
quejas al alma retire,
llore mi hacienda gastada,
y sus mudanzas suspire?

QUIÑONES: ¡Pues siendo tú quien despierta
su voluntad, y encubierta
diste causa a sus desvelos,
¿de quién puedes formar celos?

MAGDALENA: De mí misma. Y está cierta
que si le amé forastero,
doméstico y dueño ya,
dudo, al paso que le quiero.

QUIÑONES: Pues bien, ¿qué remedio da
tu amor?

MAGDALENA: Cumplir lo primero
mi palabra en la Vitoria,
y ver si en ella me aguarda.

QUIÑONES: No tendrá de ti memoria;
que tu presencia gallarda,
siendo a sus ojos notoria,
borrará la primer copia
que vio tapada e impropia,
pues se enamoró en bosquejo,
y mudando de consejo,
te olvidará por ti propia.

MAGDALENA: Eso, pues, quiero probar.

QUIÑONES: Pues ¿para qué te vestiste
de luto?

MAGDALENA: Para mostrar,
en señal de que estoy triste,
la color de mi pesar.

Todos estos son ardides
de mi amor.

QUIÑONES: ¿No puedo yo
saberlos?

MAGDALENA: Si los impides,

dándome consejos, no;
mas sí, si a mi amor te mides.

QUIÑONES: ¿Pues agora dudas de eso?

MAGDALENA: Que estoy loca, te confieso.

Pongan el coche.

QUIÑONES: Ya está
a la puerta.

MAGDALENA: Importará
para el fin de este suceso,
ya que en este tema doy,
que a casa de doña Juana,
a quien el pésame voy
a dar de su muerta hermana,
mientras que con ella estoy,
hagas llevarme una silla
y un escudero alquilados.

QUIÑONES: Hartos hay en esta villa.

MAGDALENA: Después sabrás mis cuidados.

QUIÑONES: ¿Y agora no?

MAGDALENA: Maravilla
fuera, siendo tú mujer,
no morirte por saber.
Amor, que en todo es astuto,
me ha vestido de este luto,
porque si me llega a ver
hablando con don Melchor
mi hermano o padre, no entienda
por el vestido mi amor
secreto, y con él se ofenda.

QUIÑONES: ¡Lo que previne el temor!

MAGDALENA: Por lo mismo iré también
en silla desconocida.

QUIÑONES: Todo lo dispones bien.

MAGDALENA: Ténmela allí apercebida,
y tus albricias prevén
si don Melchor no me espera
donde ayer me prometió.

QUIÑONES: Dios lo haga de esa manera.

MAGDALENA: No soy tan dichosa yo.

QUIÑONES: Tú has dado en gentil quimera.

*Vanse las dos. Salen don MELCHOR y
VENTURA*

VENTURA: ¿Es posible que haya amor,
que la hermosura divina
de tal dama menosprecie
por una mujer enigma,
por una mano aruñante,
que con blancura postiza,
a pura muda y salvado,
sus mudanzas pronostica?
¿Sin haberla visto un ojo,
sin saber si es vieja o niña,
nari-judaizante o chata,
desdentada o boquichica?
¡Que en cáscara te enamores!
¡Que bien del espejo digas,
sin ver no más que la tapa!
¡De una dama en alcancía!
¡De la tumba por el paño!
¡De la toca por la lista!
¡Del pastelón por la hojaldre!
¡De la sota por la pinta!
¡De la espada por la vaina!

MELCHOR: Ea, ensarta boberías,
eslabona disparates,
y frialdades bufoniza;
que yo he de esperarla aquí.

VENTURA: Y de veras, ¿imaginas
que ha de tornar la bolsona?

MELCHOR: Tú verás presto cumplida
la palabra que me dió.

VENTURA: Como oliscara la ninfa
otro bolsillo preñado
de doradas gollorías,
sí hiciera... ¿Mas no te agrada
doña Magdalena

MELCHOR: Es... fría.

No me la nombres, Ventura,
 que tengo el alma rendida
 a la gallarda encubierta;
 y si a la mano divina
 la hermosura corresponde
 del rostro, como adivina
 el alma que nunca miente,
 mi dichosa suerte estima.

VENTURA: Y si fuese, como creo,
 en lugar de Raquel, Lía,
 con el un ojo estrellado,
 y con el otro en tortilla,
 los labios de azul turquí,
 cubriendo dientes de alquimia,
 jalbegado el frontispicio
 a fuer de pastelería,
 y como universidad
 rotuladas las mejillas,
 ¿qué has de hacer?

MELCHOR: Cuando eso,
 que supongo que es mentira,
 volveréme a Magdalena,
 que si no es hermosa, es rica.

VENTURA: No es tan rica como hermosa.
 Mas asentemos que imita
 en belleza al sol de enero
 la buscona que te hechiza.
 ¿Si es pobre...?

MELCHOR: Eso no lo creas.

VENTURA: ¿Y si lo fuese por dicha?

MELCHOR: Llevarémela a León,
 y con ella en quieta vida,
 al yugo de amor atado,
 daré dueño a mi familia,
 señora a mi herencia corta,
 y a mi padre nuera e hija.

VENTURA: ¡Buena vejez le acomodas!
 Mas si no fuese tan limpia
 como tu sangre merece,
 envidiada por antigua,

o ya que fuese tan noble
 como el árbol de Garnica,
 si es doncella despalmada,
 como nave que interniza,
 ¿qué has de hacer?

MELCHOR: Tendrán respuesta
 todas tus bachillerías
 en viéndola.

VENTURA: ¿Cómo sabes
 que es su cara a letra vista?
 Plegue a Dios que nunca vuelva,
 y si vuelve y es pandilla,
 que la tripules, y te abra
 los ojos santa Lucía.
 Mas don LUIS sale aquí
 con una enlutada o viuda,
 tapada como la nuestra.

MELCHOR: Donde hay cebo, todos pican.

*Salen doña MAGDALENA y don
 LUIS*

LUIS: Mal haya quién inventó
 los mantos, señora mía,
 que en España solamente
 de tantos gustos nos privan!
 ¡Tal presencia viene sola,
 baldada de madre o tía!
 Por Dios, hermosa enlutada,
 que lo he tenido por dicha.
 Enseñadme sólo un ojo,
 y jugaré con su niña,
 que a la puerta de la iglesia,
 bien es que limosna os pida.

MAGDALENA: Dios me dé, señor, qué daros.
 A aquel hidalgo querría
 hablar.

LUIS: ¿A cuál?

MAGDALENA: Al que está

al lado de aquella pila.

LUIS: Ése es mi amigo y pariente.

MAGDALENA: Si lo es vuestra cortesía
de la que en él reconozco,
dadme lugar que le diga
cuatro palabras no más.

LUIS: Si sois la que él imagina,
y sus bodas desazona,
pedidme, señora, albricias.

MAGDALENA: Pídoos pues que despejéis
este lugar.

Llegando don LUIS a don MELCHOR

LUIS: Si peligra,
cual dicen, el que anda entre
la cruz y el agua bendita,
primo, entre una y otra estáis.
Aquella dama que os mira,
os quiere hablar. Id con tiento,
que debe ser homicida,
pues en fe de lo que mata,
huyendo de la justicia
anda a sombra de tejados
si el manto los significa.

MELCHOR: ¿Que me quiere hablar, decís?

LUIS: Esto me manda que os diga.

MELCHOR: ¡Ay, Ventura, que es mi dama!

VENTURA: Viene de *requiem* vestida.

Otra ganga debe ser;
que hay en Madrid infinitas,
y huelen un forastero
de una legua.

MELCHOR: Ésta es la misma
que vi ayer; su talle y cuerpo
me la retratan y pintan.
Primo, adiós.

Volviendo a doña MAGDALENA

LUIS: Ya llega a veros.
 Sed con él agradecida.
 Hechizádmele, señora;
 que me va el alma y la vida
 en que aborrezca una prenda
 que mis gustos tiraniza.

Vase don LUIS

MELCHOR: ¿Soy yo, señora, el llamado?
 VENTURA: ¿Sois vos, decid, la escogida?
 MELCHOR: Ventura, apártate allá.
 VENTURA: Sé sumiller de cortina,
 descubre aquesa apariencia,
 tocarán las chirimías;
 que en las tramoyas pareces
 poeta de Andalucía.

A don MELCHOR

MAGDALENA: ¿Conocéis aquesta mano?
 MELCHOR: ¡Ay aurora! ¡Ay sol! ¡Ay día!
 VENTURA: (El cantar del ay, ay, ay, Aparte
 se nos ha vuelto a Castilla.)
 MAGDALENA: Vengo a cumplir mi palabra.
 MELCHOR: Si fuédeses tan cumplida
 en favores, como en ellas,
 viera yo el sol que me eclipsa
 la nube de aquese manto.
 MAGDALENA: También a venir me obliga
 la hacienda que usurpo, ajena,
 pues es justo restituírla.
 MELCHOR: Si lo decís por un alma,
 que desde ayer fugitiva
 en su casa le echan ménos,

yo la doy por bien perdida.

MAGDALENA: ¿Es vuestra?

MELCHOR: Sí, mi señora.

MAGDALENA: ¡Qué traviesa es! ¡Qué atrevida!

No me ha dejado dormir
toda esta noche. Registra
curiosa cuantas potencias
pensamientos ejercitan;
no siendo huésped, se hace
mandona en mi casa misma.
Prométoos que a no venir
esta mañana una amiga
por ella, que es su señora,
me diera muy triste vida.

MELCHOR: ¡Señora suya, y no vos!

¿Quién os dijo tal mentira?

MAGDALENA: Una doña Magdalena,
noble, cuerda, hermosa y rica.
Tenedme por tan curiosa,
desde ayer a medio día,
que hice en vuestra información
diligencias exquisitas.
Sé que venís a casaros
con el fénix de las Indias,
que vuestro amor pesa a pesos
y en vos esperanzas libra.
Sé que os llamáis don Melchor,
que os ilustra sangre limpia,
que sois pobre y caballero,
y que hoy han de estar escritas
vuestras bodas y conciertos
mirad ¡cuán necia es quien fía
en palabras forasteras,
falsas, si ponderativas!
Si como os mostré una mano
ayer, menos advertida
os permitiera cebar
en mi rostro vuestra vista,
¡qué burlada que quedara,
siendo después conocida,

y ocasionando en mi ofensa
 pesados motes y risas!
 ¡Bien haya quien hizo mantos!

MELCHOR: ¡Mal haya quien no se olvida,
 por la sal de aquesa lengua,
 de cuantas bellezas mira!
 Verdadera información
 habéis hecho, y tan cumplida
 como la fe con que os amo;
 mas creed, tapada mía,
 que obligado a diligencias
 tan amorosas y dignas
 de la eterna estimación;
 si como el alma imagina,
 sois hermosa, que sí sois,
 pues por más que el manto impida
 milagros que reverencio,
 es mi amor lince en la vista,
 ni el oro, ni la belleza,
 ni imposibles de la envidia,
 tienen de ser poderosos
 a que no os adore y sirva.
 A vuestra competidora
 vi ayer. Vuestro amor permita
 que aqueste nombre la dé,
 y si no el de mi enemiga,
 Y pudo tanto el cristal
 de aquesa mano divina,
 que elevado en su memoria,
 me pareció... No es bien diga
 de mujer, y más ausente,
 faltas que la cortesía
 de que siempre me he preciado,
 con razón desautorizan.
 Parecióme, en fin, ni hermosa
 ni digna de que compita
 con vos, ni mi amor querrá
 que la libertad la rinda.
 Ésta es vuestra, y es razón
 que conozca la cautiva

la cara de su señora.
Mi amor aquesto os suplica.
Baste ya tanto recato.

MAGDALENA: Casi estaba persuadida
a agradaros... Pero no,
que vuestro deseo me pinta
más hella de lo que soy,
y temo perder la estima
en que estoy imaginada,
cuando no la iguale, vista.
Aunque no quiero tampoco
desacreditar la dicha
que en vuestro amor intereso
si por no verme se entibia.
Yo os juro a fe de quien soy,
si es licito que se siga
la pública voz y fama
que tengo de aquesta villa,
que no es doña Magdalena
ni más bella, ni más rica,
ni más moza, ni más sabia,
ni más noble, ni más digna
de serviros y estimaros
que yo; y aunque coronista
de mis mismas alabanzas,
en competencias se admitan,
si no créis estas verdades.

MELCHOR: Por la luz, pura y divina
que amante adoro y no veo,
que os juzgo por maravilla
de la belleza, y que os hace
la comparación traída
agravio en mi estimación
como la noche hace al día.

MAGDALENA: Haced una cosa pues.
Los conciertos se despidan
de esa doña Magdalena
que mi quietud martiriza.
No viváis más en su casa,
y llevándoos yo a la mía,

averiguaréis verdades
que el temor desacredita.

MELCHOR: Que me place dos mil veces.

Y porque vais persuadida
del poco amor que la tengo,
sabed que aquel que venía
con vos, y de vuestra parte
me llamó, es mi sangre misma,
y la que aborrezco adora.

MAGDALENA: Ya lo sé.

MELCHOR: Haré que la pida
a su padre, y yo cediendo
la acción que tengo a su dicha,
serviré de intercesor,
sin dudar que la consigan
tres mil ducados de renta
que a don Lúis acreditan,
y el ser su deudo también.

*Sale SANTILLANA y habla a doña
MAGDALENA*

SANTILLANA: Acabado se han las misas,
y ya la iglesia está sola.

MAGDALENA: No traigo yo tanta prisa.
Aguardaos un poco allá.

SANTILLANA: (¡Qué señora tan prolija!)
Aparte

VENTURA habla aparte con SANTILLANA

VENTURA: ¡Ah señor Nuño Salido!
Vuesa ancianidad se sirva
de escucharme mil palabras.

SANTILLANA: ¿Es vuesancé taravilla?

VENTURA: ¿Cómo ha nombre?

SANTILLANA: Santillana.

VENTURA, ¿Y el que sacó de la pila?

SANTILLANA: Ése es Suero.

VENTURA: Sorberánle

éticos, que el suero alivia.

¿Cuánto ha que sirve a esta dama?

SANTILLANA: Dos horas, aun no cumplidas,

ha que me alquiló una dueña

por coadjutor de una silla.

VENTURA: Luego ¿no sabe quién es?

SANTILLANA: No, señor.

VENTURA: ¿A mí pandillas?

So pena de la ración

le mandan que no lo diga;

pero aquí está un real de a cuatro

que secretos desbalija

de arrugados entrecejos.

Diga quién es, si le brindan.

SANTILLANA: (Estafar a un paje de estos Aparte

es hazaña peregrina.

los cuatro reales me tocan.

De esta vez le doy papilla.)

Mucho puede el hipocrás

que cierta despensa cría,

a los cuatro condeno,

aunque más mi ama me riña.

*Va a coger la moneda que VENTURA ha
mostrado*

VENTURA: No. Tengamos y tengamos;

que temo alguna engañifa.

SANTILLANA: Soy contento. Esta señora,

por este hidalgo perdida,

viene a hablarle a lo cubierto

sin más gente y compañía,

que la que en mis años ve.

VENTURA: Más trae que doce tías.

SANTILLANA: Y es... No ha de decirlo a nadie,

si no es que le pida albricias

de su ventura a su dueño.

VENTURA: Pierda cuidado y prosiga.

SANTILLANA: Es la condesa...

VENTURA: ¿Condesa?

SANTILLANA: De Chirinola.

VENTURA: En la China

estará el chiri-condado.

SANTILLANA: No, señor, que es la provincia
de Nápoles.

VENTURA: ¡Chirinola!

Llamaráse Chirimía

la condesa. ¿Y dónde vive?

SANTILLANA: Vive en la calle de Silva,
en una casa de rejas
azules con celosías.

MAGDALENA: El luto que pena os da,
de un pobre viejo me libra,
que ayer supe que murió;
y antes de aguardar visitas
y pésames, vine a veros
con un escudero y silla,
que excusan coche y criados.

SANTILLANA: ¿Falta más?

VENTURA: Sí.

SANTILLANA: Pues aprisa.

VENTURA: ¿Es casada esta condesa?

SANTILLANA: Ya dicen que se le endilga,
hablando a lo labrador.

MELCHOR: En fin, ¿mi amor no os obliga
a que lo que por fe adoro,
vea?

MAGDALENA: Soy agradecida,
y quiero de vos saber
si soy, como otros afirman,
más que doña Magdalena
Hermosa. Aplicad la vista
a este ojo, fiador de estotro.

MELCHOR: Decid nueva maravilla
 del cielo, decid que es sol
 con rayos que vivifican
 el alma, en su ausencia muerta.
 ¡Ah Ventura, Venturilla!

VENTURA: ¿Señor?

A SANTILLANA

Adiós, escudante;
 que yo pagaré esta dita

Guárdase la moneda

SANTILLANA: (Mal hubiese el escudero Aparte
 que de pajancos se fía!)

VENTURA: ¿Qué manda vuesa merced?

MELCHOR: Mira la belleza en cifra
 del cielo de este lucero,
 porque después no me digas
 que es mi repudiada esposa
 más hermosa, ni más digna
 del empleo de mi amor.

VENTURA: Mata, rinde, esplende, brilla,
 hermoso rasgón de gloria,
 luminosa saetía
 para las flechas de amor.

A su amo

Sé culto aquí, critiquiza.

MELCHOR: Mostradme su compañero.

MAGDALENA: Que me place.

Muéstrale el otro ojo tapada

VENTURA: ¿Son reliquias
de una en una?

MELCHOR: ¡Hay tal belleza!

VENTURA: Ya, ojos, pierdo la ojeriza
con que el bolso nos aojastes.
Ojale ese ojal de vista
el dios sin ojos ni ojetes,
pues es hojuela en almíbar.
Ojo a la margen, señor.

MAGDALENA: ¿Paréceos que con justicia
podrán competir mis ojos
con los que amor autoriza
en vuestra dama?

MELCHOR: ¡Jesús!
No os injuriéis a vos misma
con esa comparación.
Que aquellos son...

VENTURA: Porquería.

MAGDALENA: Esa sentencia pretendo
pagaros reconocida
con esta firmeza.

VENTURA: Vaya.

MAGDALENA: Y a vos con esta sortija.

VENTURA: ¡Oh mano, mas celebrada...!
(Iba a decir que una misa Aparte
nueva y de aldea; mas no,
que es descompuesta osadía.)
¡Mano, si en bolsillos fiero,
en sortijas franca y linda!
¡Mano ginovesa o fúcar!
¡Mano de papel batida!
¡Mano de reloj de Flandes,
de cabrito o de cabrita,
de almirez que hace almendrada,
y de misal manecilla!
¡Ésta es mano, y no la otra,
flemática, floja y fría,
frágil, follona, fullera,
fiero, fregona y francisca!

¡Oh mano, eu fin, de condesa
Chirinola, o chilindrina!
Pues si acierta el escudero,
es mano de señoría.

SANTILLANA: ¿Queréis callar?

MELCHOR: ¿Cómo es eso?

VENTURA: No hay verdad que oculta viva.

Condesa de Chirinola
sois. Esta vejez lo afirma.

MELCHOR: ¿Condesa, mi bien?

MAGDALENA: Creed,
aunque al parlero despida,
lo que os esté bien en eso.

SANTILLANA: (Apoyóse mi mentira.) Aparte

MAGDALENA: Y en vuestra fe confiada,
adiós

MELCHOR: Veréisla cumplida
antes que amanezca. Adiós.

VENTURA: ¡O mano que mana mina!

*Vase todos. Salen doña ÁNGELA y don
SEBASTIÁN*

SEBASTIÁN: ¿Cómo podré yo estorbar
que este don Melchor se case
y de celos no me abraze?

ÁNGELA: Hoy se tienen de firmar
las escrituras; mañana,
que es fiesta, su amor espera
la amonestación primera.

SEBASTIÁN: Y en ella mi muerte, hermana.
¡Nunca él hubiera venido
a Madrid!

ÁNGELA: ¡Pluguiera a Dios,
si se han de casar los dos!

SEBASTIÁN: Ya tu amor he conocido.
Bien le quieres.

ÁNGELA: Es verdad.

SEBASTIÁN: Hasta en eso me pareces.

Mas que a don Melchor mereces
por tu sangre y tu beldad.

Mas, en fin, los dos se casan,
y los dos de pena y celos
perecemos.

ÁNGELA: Mis desvelos
del justo límite pasan
que el amor de solo un día
permite.

SEBASTIÁN: Darle la muerte.

ÁNGELA: Medio es el que escoges fuerte,
y contra la elección mía,
que haciéndola en don Melchor,
se juzga bien empleada.

SEBASTIÁN: Muriendo él, aunque te agrada,
también morirá tu amor,
pero hagamos una cosa.
Esta boda alborotemos.

ÁNGELA: ¿De qué manera podremos?

SEBASTIÁN: Diré que me dio de esposa
el sí doña Magdalena.

ÁNGELA: ¿Dónde hallarás los testigos?

SEBASTIÁN: Criados tengo y amigos.

ÁNGELA: Para dilatarla es buena;
mas no para disuadirla.

SEBASTIÁN: Como agora se suspenda,
mi calidad y mi hacienda
bastarán a persuadirla.

Viejo es su padre. ¿Quién duda
que su edad será avarienta?

Seis mil ducados de renta,

si el oro todo lo muda,

y el hábito que ya espero,

¿qué cosa no alcanzarán?

ÁNGELA: Don Melchor es muy galán.

SEBASTIÁN: Pero más lo es el dinero.

Hasta intentarlo, ¿qué importa?

ÁNGELA: Nada; mas de esto te advierto,
que si el desposorio es cierto,

por ser mi ventura corta,
no he de estar más un instante
en esta casa.

SEBASTIÁN: Yo voy,
pues los conciertos son hoy,
a negociar lo importante
para impedirlos.

ÁNGELA: Ardid
es provechoso, como halles
testigos.

SEBASTIÁN: Tiene en sus calles
todos los vicios Madrid.
Haz cuenta que es una tienda
de toda mercadería.
Siendo así, ¡bueno sería
que aquí el interés no venda
testigos falsos!

ÁNGELA: Allana
con ellos cuanto dinero
tengo.

SEBASTIÁN: Más barato espero
negociar. Adiós, hermana.

*Vase don SEBASTIÁN. Sale
VENTURA*

VENTURA: Buscaba a señor el viejo,
y pensé que estaba aquí.

ÁNGELA: Aguadaos. No os vais así.

VENTURA: Voyme porque a mi amo deajo
esperándome.

ÁNGELA: Escuchad.

VENTURA: ¿Qué manda vuestra hermosura?

ÁNGELA: ¿Cómo os llamáis?

VENTURA: ¿Yo? Ventura.

ÁNGELA: Buen nombre.

VENTURA: Es de calidad,
que soy muy cálido y franco;
pero aunque el nombre me alegra,

es por ser mi dicha negra,
 llamar al negro, Juan Blanco.

ÁNGELA: No venistes vos anoche
 de León?

VENTURA: Vine.

ÁNGELA: Un secreto
 me guardad, si sois discreto.

VENTURA: Mejor lo guardo que un coche.

ÁNGELA: Esta sortija os obligue.

VENTURA: ¡Oh mano, también perfeta!
 (¿Qué lapidario planeta Aparte
 mi dicha ensortija y sigue?)
 Fuera Alejandro discreto,
 si cuando a la obligación
 de su amigo Efestión
 puso el anillo en secreto,
 la mano en lugar del labio,
 le honrara, pues le selló;
 que pues que no se le dio,
 ni fue liberal, ni sabio.
 Mas yo que con él me quedo,
 mejor le sabré guardar,
 pues para poder callar,
 me pondré en la boca el dedo.
 Digo, el de este anillo, freno
 que mudo a la lengua doy.

ÁNGELA: ¿Sabes, Ventura, quién soy?

VENTURA: Sois cielo de amor sereno.

ÁNGELA: ¿Podría yo competir,
 en materia de querer
 con quien esposa ha de ser
 de don Melchor?

VENTURA: Y salir
 triunfante del mejor rayo
 con que el sol alumbra el mapa,
 pues sin haber sido papa,
 me hacéis de anillo lacayo.

ÁNGELA: ¿Tiene doña Magdalena
 muy tierno a vuestro señor?

VENTURA: Más lejos está su amor,

que Paris de Cartagena.

ÁNGELA: ¿Que no la tiene afición,
y es de su venida el norte?

VENTURA: Como a un alguacil de corte
que entra a hacer la ejecución.

Más faltas en ella nota
que en una mujer preñada,
que en una mula fiada,
y un juego, en fin, de pelota.

No se casará con ella,
aunque le hagan gran Sofí.

ÁNGELA: Pues ¿para qué vino aquí?

VENTURA: Cierta señoría bella,
ya que todo lo desbucho,
aquestas bodas enfría.

ÁNGELA: ¿Señoría?

VENTURA: Señoría.

ÁNGELA: ¿Y se quieren mucho?

VENTURA: Mucho.

ÁNGELA: ¿Quién es ella?

VENTURA: Una condesa
de medio ojo y una mano,
que el reino napolitano
le dio la pinta y la presa,
y ella a mí me dio el anillo
que veis.

ÁNGELA: ¿Y cómo se llama?

VENTURA: Digo yo que es nuestra dama
la condesa del bolsillo.

ÁNGELA: ¿Adónde cae ese estado?

VENTURA: Si no perdí la memoria,
cae dentro de la Vitoria;
que es condesa de pescado.

ÁNGELA: Hablad de veras.

VENTURA: Por Dios,
que le ha enamorado allí
el mejor ojo que vi,
no os haciendo agravio a vos,
y la mano más brillante,
que el jabón de Chipre honró

hoy la palabra nos dio
de que ha de ser nuestra esposa
como a estotra Magdalena
olvide, y deje su casa.

Esto es todo lo que pasa;
mas no os dé, señora, pena,
que en sabiendo vuestro amor
mudará de parecer,
porque solo dejó ver
la condesa a don Melchor
un par de ojos y una mano.

Mostradle vos la nariz,
con el rosado matiz
de ese rostro soberano,
el hocico y dentadura,
cocándole con el dote;
que a Magdalena y su bote
olvidará, y por Ventura.

digo por mí, a la condesa.
Pues si aquí con vos se casa,
todo en fin se cae en casa.

(De lo parlado me pesa; Aparte
mas este anillo me quita
el frenillo del secreto;
que es como salvia en efeto,
que la lengua facilita.)

Vase VENTURA

ÁNGELA: No he menester yo más de esto
para hacer que se dilate
esta boda. Mi amor trate
nuevos pleitos, y sea presto;
que aunque más celosa estoy
de la condesa que escucho,
la dilación puede mucho.
A buscar mi hermano voy.

Vase doña ÁNGELA. Sale doña

*MAGDALENA, con otro vestido, y
QUIÑONES*

MAGDALENA: Esto pasa. Yo, Quiñones,

soy amada aborrecida,
desdeñada y pretendida.

¡Mira mis contradicciones!

Cubierta, doy ocasiones
a su pasión amorosa;
vista, soy fea y odiosa;
enamoro y desobligo.

Y compitiendo conmigo,
de mí misma estoy celosa.

 Esta mano causa enojos
que esta misma mano enciende.

Déjame quien me pretende,
por unos mismos despojos.
Mal ha dicho de estos ojos,
cuando los llama más bellos;
huye lo que busca en ellos;
y puede la aprension tanto,
que es bastante solo un manto
a amarlos y a aborrecellos.

 Por desposarse conmigo,
de mí misma se descasa;
y por pasarse a mi casa,
deja mi casa, enemigo.

Yo que como sombra sigo
sus pasos, pues lo parezco,
lo que gano, desmerezco;
lo que me da gusto, lloro;
porque me adora, le adoro
y porque no, le aborrezco.

 ¿Has oído tú jamás
caso como este en tu vida?

QUIÑONES: Cosa es ni vista, ni oída;

pero tú la ocasión das.

Envidiosa de ti estás,
y niegas lo mismo que eres;

por ti que te olvide quieres
y sin darte a conocer,
siendo sola una mujer,
te partes en dos mujeres.

Dasle joyas, y conjuras
su amor, que no te dará
la mano, ni vivirá
donde hospedarlo procuras.
Que rasgue las escrituras
le pides, y niegue el sí
que anoche concertar vi;
y pues de ti misma agora
vencida, eres vencedora.
Véngate por ti de ti.

MAGDALENA: Mira. El verle tan constante

en amarme, me enloquece,
y en cuanto a esta parte, crece
mi fe, a su amor semejante.
Según esto, no te espante
que me obligue la Fortuna
a ser conmigo importuna,
y quiera ser sola amada;
pues soy dos imaginada,
aunque en la verdad soy una.

Sólo en la imaginación
vive amor; y siendo en ella
dos, una fea, otra bella,
tengo celos con razón.
En cuanto doy ocasión
a que se case conmigo,
si soy dos, ya desoblijo
a la que desprecia y deja,
y si no, ya forma queja
la que es de su amor testigo.

Como corren por mi cuenta
una y otra, he de acudir
a entrambas hasta morir,
a un tiempo triste y contenta.
Premiaréle porque intenta
pagar firme mi esperanza,

y entonces daré venganza
a su injurioso rigor
porque el desdén y el favor
paguen firmeza y mudanza.

Yo le querré eternamente,
y eternamente también
se vengará mi desdén
de lo que en el suyo siente.

QUIÑONES: De tí misma diferente,
tejes contrarios desvelos.

MAGDALENA: Sólo es poderoso, cielos,
en tan proceloso abismo,
partir un corazón mismo
el cuchillo de los celos.

*Salen doña ÁNGELA, don
SEBASTIÁN, don JERÓNIMO, y don
ALONSO*

ÁNGELA: Su criado lo confiesa,
y otros afirman lo mismo,
que le han contado los pasos.

SEBASTIÁN: A mí algunos me lo han dicho
y no lo quise creer,
hasta que siendo testigo,
por mis ojos lo que pasa
en agravio vuestro he visto.
Palabra se han dado ya,
sospecho que por escrito,
y se hubieran desposado,
a no habérselo impedido
la muerte del conde viejo.
Como sois nuestro vecino,
sentiré cualquier desgracia,
que en la casa donde vivo
os suceda. Remediad
este daño a los principios;
que si le dejáis crecer,
corre riesgo su peligro.

ALONSO: ¿Don Melchor enamorado
tan presto? ¿De ayer venido,
y hoy casado por conciertos?
¿Quién creará tal desatino?

SEBASTIÁN: ¿Qué sabéis vos lo que ha
que el leonés a Madrid vino,
y los engaños que ha hecho
disfrazado y escondido?

JERÓNIMO: A no hablarle don Lúis
en la Vitoria conmigo,
dudo que a vernos viniera,
y así la verdad colijo
que afirma don Sebastián.

ALONSO: Alto. Si vos lo habéis visto,
¿qué hay que dudar? Esta corte
es toda engaños y hechizos.
No ha de estar un hora en casa,
Magdalena.

MAGDALENA: Señor mío,
más certeza tengo yo
en las dudas que os he oído.
Don Melchor, nuestro paisano,
como más discreto y digno
de estados y de bellezas,
que los que en mi empleo ha visto,
está en vísperas de conde.

ALONSO: ¿También tú lo sabes?

MAGDALENA: Quiso
el cielo desengañarme.
Su esposa me ha dado aviso
en la Vitoria hoy de todo;
que es muy amiga, y me dijo
que un don Melchor de León,
aunque pobre, bien nacido,
viniéndose a desposar
con otra, en fin, ha podido
más en un hora con ella
que otro pudiera en un siglo.
Hanse parecido bien
los dos; de suerte que ha sido

del luto de un padre muerto,
 su presencia regocijo.
 Ignoraba que era yo
 la interesada; y convino
 disimular por sacar
 toda esta verdad en limpio.
 En fin, estoy convidada
 al desposorio el domingo;
 que es, por su luto, en secreto.

ALONSO: ¡Casamiento repentino!
 ¿Y quién es esa condesa?

MAGDALENA: Por hoy no puedo decirlo;
 que me ha encargado el secreto
 hasta que esté concluído.

JERÓNIMO: ¡Vive Dios! Si no mirara
 que él mismo se da el castigo
 del necio truco que hace...

ALONSO: ¿De qué os alborotáis, hijo?
 ¿Qué pierde mi Magdalena
 en que no sea su marido
 quien tan presto se enamora,
 que hoy se casa y ayer vino?

MAGDALENA: Es muy hermosa de manos,
 tiene los ojos muy lindos,
 llámala Italia condesa,
 muere por ser palatino...
 Muy buen provecho le haga;
 que ni lo siento, ni envidia
 las mejoras de su amor.

ALONSO: ¿Hay caso mas peregrino?
 Mal me paga la amistad
 que su padre y yo tuvimos;
 pero es mozo: no me espanto.
 Vaya con Dios. Yo he cumplido
 con lo que a su padre debo.
 Ni es más noble, ni es tan rico...
 Yo te buscaré consorte
 caudaloso y bien nacido.

SEBASTIÁN: Si yo ese nombre merezco,
 y con mi hermana os obligo

a que por hijos troquemos
 el título de vecinos,
 doce mil ducados tiene
 de dote, y siendo los míos
 seis mil, que de renta gozo,
 daréis a mi amor alivio.

JERÓNIMO: Deberéle a don Melchor,
 si eso se cumple, infinito;
 pues por dejar a mi hermana,
 tan bella esposa consigo.

ALONSO: La oferta me está muy bien,
 y como vuestra la estimo,
 aunque para más de espacio
 los tratos de ella remito.
 Venga agora el conde nuevo;
 que el parabién le apercibo
 sin que de sus mocedades
 me piense dar por sentido.

Salen don MELCHOR y VENTURA

MELCHOR: (Hoy tengo de despedirme.) Aparte

A don ALONSO

¡Oh, señor! Aquí ha venido
 un capitán de León,
 algo deudo y muy amigo.
 Va a casarse a Talavera,
 y necesita testigos
 que abonen su calidad.
 La cortedad del camino
 me fuerza a que le acompañe.
 Licencia vengo a pedirlos,
 y a vos, señora, paciencia
 para reprimir suspiros,
 en vuestra ausencia forzosos.

ALONSO: Sois cortesano cumplido.

Andad, don Melchor, con Dios,
 y traed apercebidos
 a la vuelta parabienes;
 que aunque breve, ya imagino
 que hallaréis a Magdalena
 consolada y con marido.

Vase don ALONSO

JERÓNIMO: No es el viaje tan largo,
 don Melchor, como me heis dicho,
 ni está de aquí muchas calles
 la posada que ha podido
 alejaros de la nuestra.
 El pláceme os apercibo
 del título y desposorio.

Vase don JERÓNIMO

VENTURA: (Algún Merlín se lo dijo.) Aparte
 SEBASTIÁN: Pésame, como es razón,
 que os hayamos conocido,
 señor, por tan poco tiempo.
 Gocéis la condesa un siglo.

Vase don SEBASTIÁN

ÁNGELA: Si no tiene inconvenientes
 el estado clandestino
 que honráis, decidnos el cuándo,
 porque vamos a serviros.

Vase doña ÁNGELA

VENTURA: Quiñones, aquella ropa
 que te di ayer en un lío,

dos camisas son y un cuello...

QUIÑONES: Hoy las llevaron al río.

Acuda a la lavandera
que se llama Mari-Pinos,
porque si también se casa,
aunque roto, vaya limpio.
Y vueseñoría vea
a los nietos de sus hijos,
archiduque al mayorazgo,
y a los otros arzobispos.

Vase QUIÑONES

MAGDALENA: Todos le dan parabienes

a vuesaíra, y yo he sido
de diverso parecer,
pues pésames le dedico
de su desposorio en cierne.
Habrá un hora que me dijo
la condesa, con quien tengo
mucho amistad, que un su primo
viene hoy por ella de Italia;
que está la herencia a peligro
de sus estados, si deja
de dar a no sé qué Enrico
la palabra y sí de esposa;
y que así al instante mismo
es fuerza el irse a embarcar
a Barcelona; que han dicho
que se parten las galeras,
y corren riesgo navíos,
porque en toda aquella costa
andan cosarios moriscos.
Pidióme que de su parte
me despidiese a lo fino,
y enjugó a los soles perlas
con aquel marfil bruñido,
en cuya comparación
es yeso, es carbón el mío,
y es en fin, una Etiopia.

VENTURA: (¡Oste, puto! ¡Piconcicos !

MAGDALENA: Por no tizar señorías
 que se quiebran como vidrios,
 no sustituyo condesas,
 que abrasan, y yo granizo.
 Mi padre me busca esposo;
 a obedecerle me animo;
 pésame que vuesiría
 fue llamado y no escogido.

*Hácele una gran reverencia, y
 vase*

VENTURA: Conde en calzas y en jubón
 te han dejado. Vive Cristo,
 que la tapada borracha
 nos la pegó de codillo.
 Patibobo te has quedado;
 alma Garibaya has sido.
 Ni te quiere Dios ni el diablo,
 pues las dos te han despedido.
 Vendamos aquesas joyas
 con que alquilemos hospicios,
 si no son falsas como ellas
 esa firmeza y anillos.

MELCHOR: Volverme quiero a León.

VENTURA: ¿Qué has de hacer allá, corrido
 más que perro por antruejo,
 sin mujer y sin bolsillo?

MELCHOR: Yo tengo fortuna corta.
 Salgamos de laberintos,
 donde hoy se casan amantes,
 y enviudan al tiempo mismo.
 ¡Jesús mil veces, cuál voy!
 ¡No más Madrid!

VENTURA: Motolitos
 entran, como tú, brillantes,
 y salen almas del limbo.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salen don MELCHOR y VENTURA, de camino

MELCHOR: ¿Vino el mozo?

VENTURA: Con dos mulas

tan macilentas y flacas,
que si por Madrid las sacas
dirán que pregonas bulas.

MELCHOR: Ponme pues esas espuelas.

VENTURA: Los dos, en resolución,
¿nos volvemos a León?

MELCHOR: Ventura, no más cautelas,
no m]s amor de camino.
¡Hoy ido, y casado ayer!

VENTURA: La disfrazada mujer
te quiso bien a lo fino,
como dirá la firmeza
que con treinta y dos diamantes,
a lo culto *rutilantes*,
te asegura su riqueza.

Seiscientos ducados da
a la primera palabra
un platero que los labra.

MELCHOR: De memoria servirá,
Ventura, para tenerla
de su dueño mal logrado,
perdido hoy y ayer hallado.

VENTURA: Más nos valiera venderla,
pues no saben en León
de los diamantes el precio.

MELCHOR: ¿Son allá bárbaros, necio?

VENTURA: No, mas montañeses sola,

que sin hacerles injurias,
 por vidrios los juzgarán
 los que diestros sólo es1án
 en azabaches de Astúrias
 y no sé yo que tú tengas
 para el camino dinero.
 Mi anillo compró el platero,
 no para que en él prevengas
 tu costa, que son mis gajes,
 y si me dio treinta escudos
 tienen otros tantos ñudos.

MELCHOR: Para que los aventajes,
 prestarásmelos, y allá
 te los volveré seguros.

VENTURA: ¿Sohre qué hipoteca o juros?

Va calzando a su amo las espuelas

No te enojés: bueno está;
 pues siendo yo tuyo todo,
 también lo es cuanto poseo.
 Sólo que vuelvas deseo
 a nuestra patria de modo
 que no hagan burla de ti
 los que el parabién te dieron
 en León ,cuando te vieron
 venir a casarte aquí.

Ya se fue e la Chirinola
 la condesa oji-morena;
 bella es doña Magdalena,
 y ella te merece sola.

Enojada del agravio
 que la hiciste, no fue mucho
 que hubiese llanto y celucho.
 Vuelve a hablarla, si eres sabio.

Pídele al viejo perdón.
 Intercederá su hermano;
 daráte la hermosa mano.

Parará en paz la cuestión.

Tendrá tu venida el fruto
que allá apeteciste tanto,
y sin engaños de un manto.
¡Vaya el diablo para puto

MELCHOR: Si ella fuera tan hermosa
como mi condesa ausente,
o no estuviera presente
en mi memoria amorosa,
yo hiciera lo que me dices.

VENTURA: Dos ojos llegaste a ver
y una mano, sin saber
si la tal tiene narices;
y la Magdalena basta,
y aun sobra, para abrasar
catorce Troyas, y dar
a veinte linajes casta.

Pero cuando no te agrade,
de su vecina te dije
que por su amante te elige,
y que a su hermosura añade
doce mil de dote.

MELCHOR: Todas
con mi bella ausente son
monstruos.

VENTURA: Pues, alto á Leon,
y enhuérense nuestras bodas.
A poner voy las maletas.
Vive Dios, que estás extraño.

MELCHOR: Huyamos de tanto engaño,
y en lo demás no te metas.

Sale SANTILLANA

SANTILLANA: ¿Vive un caballero aquí,
que vino ayer de León?

VENTURA habla aparte a su amo

VENTURA: Señor, el escuderon
que con la condesa ví.
nos busca.

SANTILLANA: ¡Oh, leonés gallardo,
bésos el izquierdo pie,
que en vuestro talle se ve
el valor de aquel Bernardo
heredero de Saldaña,
del Carpio y Asturias gloria.
También sabemos de historia
los viejos de la montaña.

VENTURA: (Es demonio el Santillana.) Aparte

SANTILLANA: Dejémonos de eso agora.
La condesa mi señora,
la que le habló ayer mañana,
este billete le envía,
y con él cierto regalo,
que al de una reina le igualo,
aunque es de una señoría.

MELCHOR: ¿Luego aquí está la condesa?

SANTILLANA: ¿Pues dónde?

Hablan aparte don MELCHOR y VENTURA

VENTURA: Éste fué picón.

MELCHOR: Ventura, dale un doblón.

VENTURA: ¡Mas nonada!

SANTILLANA: ¡Lo que os pesa
de mi bien!

VENTURA: ¿Doblón? primero
doble el sacristán por vos.

MELCHOR: No seas necio. Dale dos.

A VENTURA

SANTILLANA: ¿Daislo de vuestro dinero?

¿Son estos los cuatro reales
de marras?

VENTURA: (Tras el bolsillo Aparte
se va acogiendo mi anillo.)
A muchas dádivas tales
quedarémos en pelota.
Tome y reviente con él.

MELCHOR: Oye, Ventura, el papel.

VENTURA: Buena letra.

MELCHOR: Y mejor nota.

Lee

*"Por asegurarme de vuestro amor,
he fingido jornadas que no pienso hacer,
y casamientos de que estoy libre, puesto
que doña Magdalena, engañada por mí,
haya publicado lo uno y lo otro por
verdadero. Satisfacedos de mis celosas
diligencias, y vedme luego en el lugar
acostumbrado; que para la costa del
camino, que os ruego no hagáis, ese
escudero os lleva dos mil escudos y un
regalo de dulces y ropa blanca.
Reservándoos el principal para cuando
sea ya tiempo, que es un alma reconocida
a lo mucho que merece vuestra firmeza y
valor. -- La Condesa."*

Quita espuelas, quita botas
despide postas.

VENTURA: Despido,
quito botas y vestido.
¡Dos mil escudos! ¿Qué flotas
qué vellocino, qué gato
de avariento tabernero,
qué talegón de arriero,
ni qué robo de mulato
hay que iguale a nuestra presa?

MELCHOR: ¡Que la condesa fingió
sus bodas! ¡Que no partió
a Nápoles la condesa!
¡Que otra vez me quiere hablar!

VENTURA: ¡Que dos mil escudos de oro
envía! ¡Oh viejo Medoro!
Por Dios, que te he de besar.

SANTILLANA: Arre allá. ¿Venís en vos?
Aún el diablo fuera el beso.
No está el tiempo para eso.

VENTURA: ¡Mil doblones, y de a dos!
¿Dos mil escudos envía?
Dar dos mil abrazos quiero...
--¡Oh escudos!--...al escudero
de tan bella escudería.

A VENTURA, que porfía en abrazarle

SANTILLANA: ¿Queréis apostar, hermano,
que os he de hacer acusar

Lee

MELCHOR: *"Vedme luego en el lugar
acostumbrado."* ¡Ay mi mano!
¡Que otra vez tengo de veros!

VENTURA: ¿Dónde el regalo quedó?

SANTILLANA: Una dueña me guió
con la ropa y los dineros
a esta casa, y a la puerta.
Con todo aguardando está.

MELCHOR: Venturilla, llámala.
Veré si es mi dicha cierta;
que si ella me la asegura,
cuanto me trae pienso darla
de albricias.

VENTURA: Voy a llamarla.
Ahora sí que soy Ventura.

Con una y otra cabriola
 tengo el alma alborotada.
 ¡Oh, condesa oji-tapada!
 ¡Bien haya tu Chirinola!

Vase VENTURA. Don MELCHOR repasa el papel

MELCHOR: ¡Ay condesa de mi vida!
 SANTILLANA: (¡Válgate el diablo el leonés! Aparte
 ¿Beso a Santillana?)
 MELCHOR: *"Que es
 un alma reconocida
 a lo mucho que merece
 vuestra firmeza y valor.
 La condesa." ¿Hay tal favor?
 El contento me enloquece.*
 SANTILLANA: (¿A mí beso? Vive Dios, Aparte
 que a no venir sin espada...)

Sale VENTURA

VENTURA: Fuése la dueña tapada,
 y en talegos, me di dos...
 ¡esto es crítico!... dos mil
 escudos y tres tabaques
 con preciosos badulaques,
 cuellos de cambray sutil,
 camisas de holanda, y tal
 que te la puedes beber,
 dulces que bastan a ser
 de Santo Domingo el Rcal,
 o de una Constantinopla
 dechados, para imitarse,
 y sin querer destaparse
 sino sola una manopla
 me dijo, "Paji-lacayo,
 al conde mi señor diga
 que su buena suerte siga."

Y acogióse como un rayo.

MELCHOR: Vamos, pues, a la Vitoria.

VENTURA: ¿Con botas y con espuelas?

MELCHOR: Ya son de mi amor pihuelas
para detener mi gloria.

VENTURA: ¡Oh qué traidores doblones!
Cada uno tiene dos caras.
Todas son yemas; no hay claras
de reales ni patacones.

MELCHOR: Ven, y no te espantes de eso,
pues me los presenta un sol.

VENTURA: ¡Oh, escudero chirinol!

SANTILLANA: ¿Mas que vuelve a lo del beso?

*Vanse todos. Salen doña ÁNGELA y
QUIÑONES, con manto*

QUIÑONES: Antes de quitarme el manto,
por lo que a tu hermano debo,
a ser tercera me atrevo
de vuestro amoroso encanto;
que aunque sea a mi señora
infiel, estoy obligada
a tu hermano, y cohechada
de mil regalos que agora
estorbos han de allanar
que su cuidado encarece.
Sé lo mucho que merece;
mas no se podrá casar
con él doña Magdalena,
mientras durare el amor
que a tu amante don Melchor
da por la condesa pena.
Ella fingió su partida
a Nápoles por saber
si el leonés sabe querer.

ÁNGELA: ¿Luego no es la condesa ida?
¿Luego no se va a casar
a Nápoles con su primo?

QUIÑONES: Su ingenio sutil estimo.

Engaño fue por probar
 si a mi señora quería,
 y se casaba con ella;
 pero viendo que atropella
 tantas cosas en un día,
 y que se vuelve a León,
 despreciando la belleza,
 discreción, sangre y riqueza
 que juntas a la afición
 que mi señora le tiene,
 bastaban a enternecer
 un mármol, ser su mujer
 con nuevas trazas previene.

Nuestra doña Magdalena,
 que para decir verdad
 tiene extraña voluntad
 a don Melchor, con la pena
 y celos de quien adora,
 en fe que por él se abrasa,
 para saber lo que pasa
 me ha hecho su inquisidora.

En efeto, me he informado
 que ni a Nápoles se va,
 ni vino a Madrid de allá
 tío para darla estado.

Antes a su don Melchor
 obligada, cuando estaba
 el pie en el estribo, y daba
 nuevo repudio a su amor,
 dos mil escudos le envía,
 y un regalo amante y franca
 de dulces y ropa blanca...
 pero, en fin, es señoría
 y en la Vitoria le espera,
 donde tratarán los dos,
 con la bendición de Dios,
 echar cuidados afuera
 y desposarse mañana.

ÁNGELA: Si eso es cierto, muerta soy.

QUIÑONES: Yo que este aviso te doy
y tengo engaños de indiana,
como tú te determines
a un hecho digno de fama,
daré a tu amorosa llama
dichosos y alegres fines.
Vístete de luto, y ve
a la Vitoria cubierta;
que él aguardará a la puerta
su condesa; y si te ve
tapada y con luto, luego
te ha de tener oor su dama,
a quien adora por fama,
sin que su amoroso fuego
haya alcanzado a ver más
que una mano y un medio ojo
ocasión de tanto enojo.
La tuya le enseñarás;
que cuando no sea mejor,
a lo menos su cristal
es a su belleza igual.
Dile finezas de amor;
agradécele discreta
el haber por ti dejado
tal mujer; di que tu estado,
y voluntad ya sujeta
por dueño elegirle ordena
y porque en la casa tuya
habrá estorbos, en la suya,
sin que doña Magdalena
lo sepa, esta tarde quieres
darle de esposa la mano.
Él con tal favor ufano,
sin consultar pareceres,
que no los admite Amor,
te guiará a su casa luego.
Darás alivio a su fuego,
y dueño noble a tu honor.
Pues no habiendo visto, en fin,
de la condesa la cara,

si en tu hermosura repara,
 retrato de un serafín,
 ¿quién duda que en su provecho
 engañado, si lo sabe
 después, su dicha no alabe,
 y te adore satisfecho?

Quedarás la condesa
 burlada; dará a tu hermano
 mi señora el alma y mano;
 y viendo lo que interesa
 don Jerónimo, después
 que por perdida te llore,
 podrá ser que se enamore
 de la condesa, y los tres
 os caséis por causa mía.

Tú y don Melchor; mi señora,
 y tu hermano que la adora;
 y con una señoría
 don Jerónimo, porque haya
 mejor fin del que se espera,
 de tres yo casamentera,
 y un amor de tres en raya.

ÁNGELA: ¡Determinación terrible!
 Pero a un grande daño es medio
 forzoso otro igual remedio,
 y sin éste no es posible
 atajar el que yo lloro,
 si se intentan casar hoy.
 Resuelta en seguirle estoy,
 que al leonés gallardo adoro.
 Salga yo bien de este enredo,
 y daréte un dote igual
 a tu ingenio.

QUIÑONES: La señal
 con que asegurarte puedo,
 es el bolsillo que ves,
 y lleno de escudos dio
 don Melchor, la vez que habló
 a la Condesa. Después
 te diré de la manera

que vino a mi posesión.
 Cuélgatele del cordón;
 asegura esta quimera,
 y vete a vestir de luto.
 No pierdas por tu tardanza
 El fruto de tu esperanza.

ÁNGELA: Y la vida con el fruto.
 Notables cosas intento.
 ¡Ay tirano don Melchor!
 Anime mi firme amor
 este extraño atrevimiento.

Vase doña ÁNGELA

QUIÑONES: Si doña Ángela se casa
 con don Melchor, de este modo
 a mi señora acomodo
 con don Sebastián, y en casa
 se queda todo el provecho.
 Pues que después de casados
 me quedarán obligados
 y mi interés satisfecho.
 A alargar la dilación
 de mi ama voy agora,
 porque su competidora
 le gane la bendición.

Vase QUIÑONES. Salen don MELCHOR y don LUIS

LUIS: Ya os juzgaba una jornada
 de aquí.

MELCHOR: Nuevas ocasiones
 dan a mi amor dilaciones.
 Aquella dama tapada
 que ayer vistas enlutada,
 ha de volver hoy aquí.

LUIS. ¿No fue la Condesa

MELCHOR: Sí.

LUIS: Pues ella ¿no se partió

a Nápoles?

MELCHOR: Primo, no;
que a Italia deja por mí.
Vos me veréis conde presto,
y dueño de una hermosura
que dé envidia a la ventura,
y a mi amor un alto puesto.

LUIS: Ya el parabién os apresto;
aprestad vos a mi pena
el pésame, pues ordena,
para que muera y me abraza,
que don Sebastián se case
con mi doña Magdalena.

Don Jerónimo ha pedido
a doña ÁNGELA, y el viejo
aprobando su consejo,
da a mi tirana marido.
Estoy de celos perdido,
y si se casan los dos,
podrá ser, primo, por Dios,
que algún disparate intente
porque mi amor no consiente
celos de otro que de vos.

MELCHOR: Vivid vos seguro de esos,
porque yo no me casara
con ella, si despojara
al Potosí de sus pesos.
Por los ojuelos traviosos
que adoro, y ya llamo míos,
hace mi amor desvaríos,
y esotros me dan enojos,
que son muertos, si son ojos,
y si son soles, son fríos.

LUIS: Consiéntoos hablar mal de ellos
por lo bien que eso me está;
puesto que el cielo podrá
poner sus luces en ellos.
Gozad vos los vuestros bellos
mil años con dulce fruto,
que mientras os dan tributo,

si mis celos ponderáis,
 en esta ocasión mezcláis
 vuestras bodas con mi luto.

*Vase don LUIS. Sale VENTURA, y después
 doña ÁNGELA, de luto como doña Magdalena y
 tapada*

VENTURA: Ea, señor, ya ha llegado
 nuestra condesa dorada,
 que a quien da dos mil escudos
 así quiero intitularla.
 Llega haciendo reverencias
 o paternidades, y habla.
 Mil doblones te envió;
 dobla las rodillas ambas.

MELCHOR: ¡Oh, hermosa señora mía,
 ¿Cuándo ha de romper el alba
 los crepúsculos oscuros,
 de ese sol nubes avaras?
 ¿Cuándo dirá mi ventura,
 después dle noche tan larga,
 que el cielo corrió cortinas,
 y amaneció la mañana?

VENTURA: ¿Cuándo, o bella Chirinola,
 costurera ballenata,
 pues con agujas del sol
 no cosistes ropa blanca
 desnudándoos ornamentos,
 pues alba mi amo os llama,
 los dos os podremos ver
 en sobrepelliz o en alba?
 ¿Cuándo dirá, "¡Ropa fuera!"
 el ciego Amor que os enmanta,
 o rasgará, por leeros,
 la cubierta de esa carta?

MELCHOR: Apártate allá, Ventura.

VENTURA: Toda ave a la aurora canta,
 el jilguero y el gorrión.

Música hay también lacaya;
mi parte tengo en el coro
canta y cantemos.

MELCHOR: Aparta.

VENTURA: (Y en los dulces, ya yo he dicho Aparte
Ite, missa est a dos cajas.)

ÁNGELA: Mala noche os habrá dado
mi mentirosa jornada,
prueba de vuestra firmeza,
vitoria de mi esperanza.

MELCHOR: Es así; pero no es mucho
pasar una noche mala
por un día tan alegre.

ÁNGELA: Quedándoos vos en España,
mal se pudiera partir,
quien os quiere tanto, a Italia;
pues pasara de vacío
Amor, un cuerpo sin alma.

MELCHOR: Dadme por esa merced
a besar la nieve helada
del puerto de mis deseos.

VENTURA: Quitad la encella a esa nata
si es que hay natas con encellas;
que yendo a decir "cuajada,"
andan, desde que hablan cultos,
las metáforas bastardas.

ÁNGELA: No es mano de cada día
un ojo enseñaros basta,
réditos de vuestro amor,
que mi principal os paga.

MELCHOR: Eso fue pagarme en oro,
cuando os ejecuto en plata;
que al buen pagador, señora,
no le duelen prendas.

VENTURA: ¡Vaya!
Hoy cobramos en doblones,
puesto que ojos con pestañas
es moneda de vellón;
mas, o mi vista se engaña,

o no es ese ojo el de ayer;
 que su niña era mulata,
 y hoy se ha vestido de azul,
 que llama el vulgo, de garza.

MELCHOR: Anda, necio.

VENTURA: ¡Vive Dios!
 Que era endrina toledana
 la niñeta que ayer vimos,
 y hoy nos mira turquesada;
 pero no te espantes de esto,
 que ha venido de Alemania
 un maestro que tiñe ojos,
 como otros cabello y barbas.

MELCHOR: No hagáis caso de este necio;
 que yo doy crédito al alma,
 que con pinceles más vivos
 en mi memoria os retrata.
 Yo sé que es ése el que adoro;
 mas ¿qué es esto? ¿Otra enlutada?

VENTURA: Serán como cartas de Indias
 que se escriben duplicadas.

Sale doña MAGDALENA, de luto

MAGDALENA: Sólo en vuestro noble trato
 estribó la confianza,
 don Melchor, que hice de vos,
 pero pues tan presto os falta,
 y venido de antayer,
 me ocupan mantos la plaza
 que pensé yo que era mía,
 cuando la juzgué estar vaca.
 Con desengaños costosos
 dando libertad al alma,
 a precio de algún suspiro,
 podré ya volverme a Italia.
 Gocéis la ocupación nueva
 mil años; que escarmentada
 en mí misma, sabré, en fin,

lo que son hombres de España.

Hace que se va

MELCHOR: Señora, señora mía,
no desdeñéis enojada
la confusión de un amor
que ni os conoce ni agravia.
¿Sois vos mi hermosa condesa?

MAGDALENA: Que era vuestra, imaginaba
quien colige de esas dudas
que sois de memoria flaca.
Presto me desconocéis.
Adiós.

MELCHOR: ¡Ay, condesa amada!
O no os vais, o daré voces.

ÁNGELA: ¿Condesa? ¿Hay traición más rara?
¿Luego otra condesa ha habido
en la corte, en cuyas llamas
os abrasáis?

VENTURA: (Hay agora Aparte
señorías muy baratas.)

ÁNGELA: Gracias a Dios, que con tiempo,
aunque el llanto la costa haga,
podrá hacer mi libertad
una bella retirada.
No creyera yo, hasta verlo,
que en las leonesas montañas,
de la suerte que en la corte,
engaños se avecindaran.
Discreto fue mi recato
en no enseñaros mi cara.
Poco hay perdido hasta agora;
mi nombre ignoráis y casa.
Si hiciéredes diligencias
para saberla, mañana
a Nápoles me escribid
porque me alcancen las cartas.
Adiós.

Quiere irse doña ÁNGELA

MELCHOR: Condesa, mi bien,
oíd, escuchad. ¡Qué extrañas
confusiones me persiguen!

VENTURA: (¡Qué gentil chirinolada!) Aparte

ÁNGELA: No quiero llevar memorias
que entristezcan mi jornada.
De este bolsillo me hicistes
antiyer depositaria.
Pues el dueño pareció,
aunque a vos no os hará falta
pues que con dos mil escudos
mi libertad se rescata,
haced alguna obra pía
con su valor, o dad traza
de engañar con él condesas
en oír misa ocupadas;
que yo hiciera mi camino
satisfecha, si mezclara
en los dulces rejalgar,
ponzoña en la ropa blanca
e imitando a Deyanira,
la ingratitud castigara
de un hombre tan descortés.

MAGDALENA: ¿Qué es esto, ilusión pesada?

¿Vos de Nápoles condesa?
¿Vos en el disfraz velada
de un manto, en esta capilla
fuístes antiyer la causa
de la confusión presente?
¿Vos dinero, ropa blanca
y dulces a don Melchor?

ÁNGELA: Diréis que no. Cosa es llana;
que como en el luto y nombre
usurpáis mi semejanza,
querréis de ajenos presentes
levantaros con la gracias.

Gozadlas enhorabuena;
que si esta prenda no basta

Enseña el bolsillo de don MELCHOR

a desengaños tan ciertos,
ellos me darán venganza.

VENTURA: Ésta probó su intención.

MELCHOR: A satisfaccion tan clara,
¿quién pondrá, condesa mía,
dudas, pleitos, ni demandas?
En vuestro favor sentencia
tan reconocida el alma
cuanto confusa de ver
vencida a vuestra contraria.
Señora, a quien no conozco,
que me pesa, os doy palabra,
de condenaros en costas
de una burla tan pesada.
Si hacerla de mí quisisteis,
desazónaseos la traza.
Vuestras armas os hirieron;
idos a curar a casa.

VENTURA: (Mamóla su señoría.

Aparte
¡Oh condesa redomada!
La picardía os gradúa
con la borla de bellaca.

MAGDALENA: (Yo estoy de suerte perdida, Aparte

que si no me desengañan
que duermo, daré mil voces,
aunque peligro mi fama.)
Sutilezas de Madrid
me habrán robado de casa
ese bolsillo que encierra
los hechizos que me encantan.
Ya me pesa que no hayáis
visto, don Melchor mi cara
porque enseñándoosla agora,

viérades quien os engaña.

Pero esperad. ¿Conocéis
aqueste ojo?

MELCHOR: ¡Ay sol del alma!

¡Ay norte de mis deseos!

¡Ay gula de mi esperanza!

¡Y cómo que le conozco!

VENTURA: (¿Ya empezamos nuevas chanzas? Aparte

Bolsillo y ojos compiten.

Ofrézcoos al diablo a entrambas.)

MAGDALENA: ¿Acordáisos de los cabos

que de mi cordón colgaban

cuando el ladrón los cortó?

MELCHOR: Dos trenzas eran de nácar.

MAGDALENA: ¿Son éstas?

MELCHOR: Sí, mi señora.

MAGDALENA: Juzgad agora quien causa,

de vos o de mí envidiosa,

los enredos que me agravian.

ÁNGELA: Los cordones del bolsillo,

que con sutileza tanta

me cortó no sé yo quién,

en misa estotra mañana,

téngolos guardados yo,

y aquésas son señas falsas

pues para contrabacerlos,

hay en la corte seda harta.

MELCHOR: Ventura, ¿qué dices de esto?

VENTURA: Que ha sido almendra preñada

nuestra condesa de a dos,

o erizo con dos castañas,

huevo que dos yemas tuvo,

y aunque con cáscara entrambas,

tu amor, que es gallina clueca,

hoy estas dos pollas saca.

MELCHOR: ¡Problemática cuestión!

Dos sendas hallo encontradas,

y yo indiferente entre ellas,

ignoro por cuál me vaya.

Pero la mano, que fue

de mi amor primera causa,
 tengo dentro el alma impresa,
 y la memoria la guarda.
 Mostradme, señoras mías,
 cada cual la suya y salga
 vitoriosa la que obligue
 que mi amor llegue a besarla.

MAGDALENA: Soy contenta.

ÁNGELA: Y también yo.

*Salen don JERÓNIMO y don SEBASTIÁN,
 hablando en el fondo*

MAGDALENA: (¡Ay, Dios! ¡Mi hermano! Si me halla Aparte
 aquí, ocasiono su enojo.)

ÁNGELA: (¡Mi hermano es éste! No hay traza Aparte
 de salir con mis contentos.)

MAGDALENA: Ya estaba determinada
 de que mi mano ofendida
 deshiciese esta maraña;
 pero no lo mereceis.
 Adiós. (¡Ay! ¡Cuál voy!)
 Aparte

Vase doña MAGDALENA

ÁNGELA: (¡Qué vaya Aparte
 vencida mi opositora!)
 Como salieran a plaza
 su mano agora y la mía,
 la vitoria se declara
 por mi parte. Pues se va
 y, yo por vos agraviada,
 de vuestro incrédulo amor
 me vengo con no mostrarla.
 Mañana intento partirme.
 Ved qué mandáis para Italia.

*Vase doña ÁNGELA. Don MELCHOR y
VENTURA, en el proscenio; don JERÓNIMO y don
SEBASTIÁN, quedan retirados*

VENTURA: ¿Volverémos por las mulas?

¿Que te quedas hecho babia?

Ds mil escudos nos dejan.

¡Bercebú con ellas vaya!

MELCHOR: ¿Hay caso que iguale al mío?

VENTURA: Ni sé si es dicha o desgracia.

Mas don Jerónimo es éste,

y su vecino. Si tratas

de componerte con ellos,

llega a hablarlos. Dos hermanas

te adoran. Pídeles una.

A aqueste lado te aparta.

JERÓNIMO: No hay que reparar en dotes,

pues solo mi amor repara

en los de naturaleza

que a doña Ángela acompañan.

Ya están los contratos hechos

casados con dos hermanas,

mediando lazos, Amor

reciprocará cuatro almas.

SEBASTIÁN: La mía reconocida

os rinde infinitas gracias

por el dueño que la dais,

tierno alivio de mis ansias.

Reparando en don MELCHOR

JERÓNIMO: ¿No es éste el conde de anillo?

SEBASTIÁN: El mismo, aunque le juzgaba

cinco o seis leguas de aquí.

JERÓNIMO: Por no ocasionar palabras,

que reducidas en obras

averiguen las espadas,

fingiré que no le veo.

SEBASTIÁN: Hacéis bien. Vamos a casa.

Vanse los dos

VENTURA: No te han visto, o no han querido.

MELCHOR: ¿Será posible que haya
historia como la mía,
en cuantas dan alabanza
a poéticas ficciones?

VENTURA: (¡Oh qué comedia tan brava Aparte
hiciera, a ser yo poeta,
si escribiera aquesta traza!)

Sale SANTILLANA

SANTILLANA: La condesa mi señora,
aunque dice que enojada
con vos se partió de aquí,
que vais esta noche os manda
a la una, no a las doce
porque entonces se despachan
provisiones por Madrid,
que trocara yo por ámbar,
a la calle donde vive
doña Magdalena, dama
que vos diz que conocéis,
que por no sé qué desgracia
que la condesa recela
con quien intenta llevarla
a Nápoles, esta noche.
Teme volver a su casa,
y así se queda en estotra.
Dice, en fin, que a una ventana,
que sale a una calle estrecha,
para hablaros os aguarda;
pero que no ha de saber
doña Magdalena nada
de lo que por mí os avisa;

que habrá carambola extraña.
 No me encargó la respuesta.
 Si habéis de ir, catarros andan;
 aforraos con media azumbre,
 y dos cofietas colchadas.

Vase SANTILLANA

MELCHOR: Oid, escuchad...
 VENTURA: Es sordo.
 MELCHOR: ¿Qué dices de esto?
 VENTURA: No vayas;
 que temo que han de cogerte
 su hermano y padre en la trampa.
 MELCHOR: ¿Para qué?
 VENTURA: Para casarte,
 o pedirte la palabra
 que diste a su Magdalena.
 MELCHOR: ¿Cómo? Si ves que se casa
 con don Sebastián.
 VENTURA: No sé.
 No imagino que le faltan,
 sin que en su casa se hospede
 a la condesa, posadas.
 Don Jerónimo, sentido
 del desprecio de su hermana,
 fingiendo no conocerte,
 junto a ti sin hablar pasa...
 Mira lo que haces primero.
 MELCHOR: Si la condesa me llama,
 no hay que mirar, ni temer
 que venga el recaudo basta
 en nombre de mi señora.
 Pero ¿cuál será de entrambas?
 ¿La primera, o la segunda?
 VENTURA: Eso, averigúelo Vargas.

*Vanse. Sale doña MAGDALENA, con otro vestido,
 y QUIÑONES, con el bolsillo de don MELCHOR en la*

mano

QUIÑONES: Vesle aquí, que de guardado
le daba yo por perdido.
(A no haber antes venido Aparte
doña Ángela, ¡en buen cuidado
me había puesto!)

MAGDALENA: Hubiera dado
Quiñones, yo cualquier cosa,
aunque estuviera quejosa
de ti, porque te le hurtaran,
y estos enredos hallaran
salida menos dudosa.
Ése, ú otro como él,
a don Melchor engañó,
y otra mujer como yo
turbó mi esperanza fiel.
Hablóle ciega por él;
y teniéndola por mí,
que le daba cuenta oí
de mi amor distintamente,
desde el instante presente,
hasta el punto que le vi;
lo que pasó en la Vitoria
cuando el bolsillo me dió,
lo que en casa sucedió,
de mis agravios la historia,
su camino y la memoria
del regalo que le hice,
que a Italia se parte dice,
y que es la condesa prueba.
Mira tú si hay Circe nueva
que así engañe y así hechice.

QUIÑONES: ¿Quién será? ¡Válgame el cielo!

MAGDALENA: Eso me tiene perdida.

QUIÑONES: Ya de otra dama ofendida,
no tendrás de ti recelo.

MAGDALENA: Con ese mismo desvelo
quejas de mí misma doy;
pues si la condesa soy
que él ama y mi opositora

finge estar la misma agora,
mal conmigo misma estoy.

Como a condesa, ¿no me ama,
don Melchor?

QUIÑONES: Por ti se enciende.

MAGDALENA: ¿Ser condesa no pretende
mi enemiga?

QUIÑONES: Así se llama.

MAGDALENA: Luego, si una misma llama
causa aqueste frenesí,
y yo quien le abrasó fui
aunque esotra lo enamore;
mientras en ella me adore,
celosa estaré de mí.

Dame tú que ella dijera
ser Magdalena fingida,
y vieras que aborrecida
de ella como de mí huyera.
Mira que extraña quimera
causa este ciego interés;
que en tres dividirme ves,
y aunque una sola en tres soy,
amada en cuanto una, estoy
celosa de todas tres.

QUIÑONES: Parece juego de manos.
¡Lindos desvelos te matan,
mientras que casarse tratan
hoy hermanas con hermanos!

MAGDALENA: Saldrán sus conciertos vanos.

QUIÑONES: Tu padre, don Sebastián
y don Jerónimo están
sobre esto encerrados.

MAGDALENA: Traten
que estos celos no me maten
Quiñones, y acertarán.

Ya es tarde. Di que indispuesta,
temprano me recogí
si preguntaren por mí.

QUIÑONES: ¿No sosegaste esta siesta?

MAGDALENA: Soy me a mí misma molesta,

porque compito conmigo.

QUIÑONES: ¿Quiéreste acostar?

MAGDALENA: ¿No digo
que sí?

QUIÑONES: Ven pues.

MAGDALENA: A velar
voy amor, por esperar
en mi amante a mi enemigo.

*Vanse las dos. Salen don MELCHOR y VENTURA, como de
noche*

MELCHOR: Ésta es la calle aplazada,
y la ventana una de éstas,
que mis esperanzas verdes
sus verdes hierros enredan.

VENTURA: No hará a lo menos la calle
información de limpieza,
ni es malo aquí un romadizo
con dos botas de diez suelas.

MELCHOR: ¿Las cuántas son?

VENTURA: El cahiz
dio Santa Cruz, y ya empiezan
perfumeras mantellinas
a arrojar quintas esencias.

MELCHOR: ¡Agradable oscuridad!

VENTURA: Salen la luna y estrellas
de medio ojo, porque imiten
nuestras dos chiri-condesas.

MELCHOR: ¿Cuál la que adoro sería?
¿O qué es lo que la otra intenta
con engaño semejante?
¡Que estoy loco!

VENTURA: Por las señas
del bolsillo y los cordones
en derecho suyo alegan
cda cual valientemente.
¡Bercebú que caiga en ellas!

MELCHOR: ¡Que dos mujeres tapadas

hacer con los mantos puedan
tan sutil transformación!

VENTURA: Son pandillas encubiertas.

*Sale doña MAGDALENA, a una
ventana*

VENTURA: Pero una cara se asoma
por los claros de esa reja;
que aquella brizna de luna
sirve de perro de muestra

MELCHOR: Dices bien.

MAGDALENA: ¿Es don Melchor?

MELCHOR: ¿Sois vos, mi enlutada bella?

MAGDALENA: Bajad la voz y acercaos,
que estamos en casa ajena.

MELCHOR: ¿Cuándo he yo de merecer
ver ese cielo de cerca?
Que para mí el mismo efeto
hace el manto que una ausencia.

MAGDALENA: Cuando menos enojada
esté yo, y más satisfecha
de que vos no ocasionáis
disfrazadas competencias.
Yo sé bien que conocistes
a quien me ofende.

MELCHOR: Estad cierta
que a conocerla o amarla,
ni ella lo que no es fingiera,
ni yo os burlara.

MAGDALENA: ¿Es hermosa?

MELCHOR: Dudo yo de que lo sea
quien pretende acreditarse
vendiendo hermosura ajena.

MAGDALENA: Ahora bien, yo os doy perdón
como propongáis la enmienda.

MELCHOR: La enmienda supone culpa,
y yo nunca os hice ofensa.
Mas, mi bien, si al que perdona,

humilde la mano besa
 el perdonado, no es justo
 que yo este derecho pierda.
 Honre ese cristal mis labios.

MAGDALENA: Está tan alta esta reja,
 que no podréis alcanzarla.

MELCHOR: Para amor todo está cerca.
 Venturilla, ah, mi Ventura.

VENTURA: ¡Bueno, por Dios! ¿Me requiebras?
 Más barbón soy que un peraile.

MELCHOR: Ponte aquí debajo. Llega.

VENTURA: ¡Arre allá! ¿Qué diablos dices?

MELCHOR: Para que la mano pueda
 alcanzar de un serafín,
 sé Atlante de mi firmeza.
 Tus espaldas me sublimen.

VENTURA: ¡Mal año! Busca una yegua
 o el banco de un herrador;
 que soy macho y no eres hembra.

MELCHOR: Hazme esta merced, que así
 quiero llamarla.

VENTURA: Dijeras
 servicio, que agora hay hartos
 que a todo Madrid inciensan.

MELGHOR: Enojaréme contigo.

VENTURA: ¿Yo dehalo de tí? ¡Fuera!
 ¡Ni aun de burlas, vive Dios!
 Echa esa carga a otra bestia.

MELCHOR: ¿Si este vestido te doy?

VENTURA: Extrañamente me aprietas.
 Por esta vez, vaya.

MELCHOR: Ponte.

VENTURA: Acabemos, sube y besa,
 que ya estoy en cuatro pies.

Don MELCHOR sube encima de las espaldas de VENTURA

Mas si luego no te apeas,

advierte que se enhermanan
los mulos de aquesta recua.

MELCHOR: ¡Ay hermosa mano mía,
qué amorosa, dulce y tierna
alimentáis mi esperanza!

VENTURA habla bajo a su amo

VENTURA: ¡Ay, pelmazo, y cómo pesas!

MELCHOR: ¡Qué de ello debo a esta mano!

MAGDALENA: Presto, llamándola vuestra,
presos al yugo de amor,
no habrá quien el nuestro ofenda.

MELCHOR: ¡Qué sũave para mí,
será su carga ligera!

VENTURA: (Como para mí pesada Aparte
la mía.)

Bajo a su amo

Costal de arena,
acaba con Satanás;
que pesas más que una deuda
y estoy, sin ser corcovado,
como salchichón en prensa.

MELCHOR: ¡Mi cielo, mi luz, mi gloria!

MAGDALENA: ¡Mi dueño, mi bien, mi prenda!

VENTURA: (¡Mi rollo, mi pesadilla! Aparte
¡Cuerpo de Dios con la flema!
Chicolíos a mi costa.)

Déjase caer, y baja don MELCHOR

MELCHOR: ¡Ah borracho!

VENTURA: No te apeas,
y soy mula de alquiler
que cuando la cansan, se echa.

MELCHOR: ¡Vive Dios! Si no mirara...

VENTURA: Mira o no mires, a cuestras
con seis quintales de plomo,
no hay espaldas ni paciencia.

MAGDALENA: Ahora bien, don Melchor mío,
puesto que el dejaros sienta
como la vida, no es justo
que os engañe mas, ni ofenda.
Mañana me parto a Italia;
que obligaciones molestas
de quien, con pensión de un primo,
me ha nombrado su heredera,
me mandan casar con él;
y la vejez me atormenta
de un tío, que riguroso
añade prisas a penas.
Hoy por vos me he detenido;
mañana a Italia me llevan.
¡Ay! ¿Quién memorias dejara
del modo que el alma os deja?
Mas, pues esto no es possible,
y de doña Magdalena,
a quien quiero como a mí,
sé que os adora, quisiera
pagar las obligaciones
de su amistad y nobleza,
y no tengo, sino es vos,
quien me saque de esta deuda.
Ella os ama; vos sois pobre;
su calidad y riqueza
es igual a su hermosura;
que os persüada me ruega.
Para esto vine a su casa.
No habrá consuelo que pueda
oponerse a mis pesares,
como el ver que me suceda
tal amiga en tal amante.
Pagad noble su firmeza,
y haced cortés lo que os pido,
por ser la cosa postrera.

MELCHOR: Si eso es cierto, ausente mía,
 y mis desdichas ordenan
 que para afligir memorias,
 hoy os gane, y hoy os pierda,
 aunque lo que me mandáis
 tan pesado me parezca
 como el morir, pues con vos
 la misma hermosura es fea;
 porque sepáis los quilates
 de mi amor, y en lo que precia
 las leyes de vuestro gusto
 el valor de mi obediencia;
 digo, --¡ay Dios, y qué forzado!--
 digo, en fin, que os doy promesa
 de hacer lo que me mandáis
 aunque sé por cosa cierta
 que el casarme y el morir
 será todo uno. Mas muera
 en su yugo aborrecible
 quien perdió vuestra belleza.

MAGDALENA: ¡Espejo de amantes sois!
 Esperad, y llamaréla;
 que os habéis de dar las manos,
 siendo el tálamo esta reja.
 ¿No gustáis vos de esto?

MELCHOR: ¿Yo?
 ¿Qué gusto queréis que tenga,
 si por el vuestro me rijo?

MAGDALENA: No la habléis con aspereza
 decidla muchos regalos.

MELCHOR: Podrá fingirlos la lengua;
 pero el alma, es imposible.

MAGDALENA: ¿Y qué! ¿Os casaréis con ella?

MELCHOR: Digo, señora, que sí.

MAGDALENA: ¡Ah traidor! ¡Y quién tuviera
 fe en voluntades de vidrio
 que al primer golpe se quiebran!
 En fin, habéis confesado
 al primer trato de cuerda
 que basta a haceros mudable,

con ser fingida, una ausencia.
 Quedaos para poco firme;
 que yo haré elección mas cuerda
 de quien mi firmeza iguale.

MELCHOR: Mi bien, mi luz, mi condesa,
 no os vais, esperad, oídme.

MAGDALENA: ¿Qué queréis?

MELCHOR: Que no os ofenda
 lo que imaginaba yo
 que con vos de estima fuera.
 Si vos me mandáis casar
 con quien sé yo que estáis cierta
 que por vos he aborrecido;
 y puede mas la obediencia
 de vuestra ley que mi gusto;
 ¿será razón que merezca,
 cuando esperaba alabanzas,
 tan mal pagadas finezas?
 ¿No me lo mandasteis vos?

MAGDALENA: ¿Quién mandó jamás de veras,
 aunque se fuese a las Indias,
 a su amante que a otra quiera?
 Esperaba excusas yo
 que mis ruegos convencieran,
 y a amaros más me obligaran,
 pintándome faltas de ella.
 Creí oíros decir
 que era fría, que era necia,
 y que os mandara dar muerte,
 antes que casar con ella.

(¡Qué esté yo de mí celosa, Aparte
 y en cuanto soy la condesa,
 me pese que don Melchor
 ser mi esposo me prometa!
 Extraña condición tengo!)

MELCHOR: No haya más, mi airada bella.
 Si os ofendí, perdon pido;
 pare en paz esta pendencia.
 Yo os juro por la hermosura
 que en vos mi amor considera;

que no hay monstruo para mí,
 como doña Magdalena.
 Si aunque a Nápoles os vais,
 y aunque más oro me dieran
 que en las entrañas del mundo
 los rayos del sol engendran,
 pusiera en ella los ojos...

*Doña MAGDALENA habla con distinta voz,
 fingiendo que es doña Magdalena que llega*

¿Qué es esto?

Responde con la voz que primero

¡Oh amiga! Llegas;
 que aquí está tu don Melchor
 haciéndote mil ofensas.
 Averíguaslas con él,
 ya que llegaste a entenderlas;
 que yo me voy a dormir
 para que mañana pueda
 madrugar a mi jornada.

*Retírase, y vuelve un momento después,
 para aparentar que se va
 la Condesa y se queda doña MAGDALENA*

Quien habla mal en ausencia
 de mujeres principales
 sin llegar a merecerlas,
 en fe de poco cortés
 cual vos, bien será que pierda
 como el crédito conmigo,
 el amor de la condesa.
 Sois muy limitado vos
 de entendimiento, y es fuerza

que no alcancéis lo que valen
 los quilates de mis prendas.
 Mal juzgará de colores
 un ciego, ni de bellezas
 el montañés, que templado
 está al gusto de una sierra.
 Las de León os sazonen
 el vuestro; que en esta tierra,
 hilando amor tan delgado,
 no alcanzáis sus sutilezas.

Vase, y cierra la ventana

VENTURA: ¡Ventanazo, vive Cristo!

Y pullas a pares echan,
 sin decirnos, "Agua va."
 ¡Bercebú que las entienda!
 Alto a casa, y quedensé
 ambas a dos para hembras.

MELCHOR: ¡Hay sucesos semejantes!

*Salen don ALONSO, don LUIS, don JERÓNIMO, don
 SEBASTIÁN, y CRIADOS, con luces*

ALONSO: ¿En la calle a Magdalena
 que hablaba un hombre, me dices?

JERÓNIMO: Esto es verdad.

A su amo

VENTURA: Falsas puertas
 abren; acojamonós,
 si no quieres que nos muelan.

SEBASTIÁN: Aquí se están todavía.

ALONSO: Éste es don Melchor.

JERÓNIMO: Pues muera.

VENTURA: Cogido nos han la calle.

Quiera Dios que por bien sea.

A don MELCHOR

ALONSO: ¿Qué ocasión puede moveros
 si no es locura, a que venga
 a hablar por rejas de noche
 quien de día ser pudiera
 señor de esta casa misma,
 si no es que afrentar intenta
 a quien ronda como a dama
 quien de ser su esposo deja!

MELCHOR: ¿Yo? Engañáis si pensáis

que por doña Magdalena
 rondo calles y ventanas.

ALONSO: Pues ¿por quién?

MELCHOR: Por la condesa,
 que es mi esposa, y me mandó
 que aquesta noche viniera,
 y agora de aquí se aparta,
 y en vuestra casa se hospeda.

ALONSO: ¿Condesa en mi casa?

MELCHOR: Sí.

JERÓNIMO: ¿Hay locura como aquesta?

MELCHOR: Pues ¿podréislo vos negar,
 si en esta ventana mesma
 acaba de hablarme agora?

ALONSO: No excusaréis con quimeras
 el agravio que a mi honor
 habéis hecho.

VENTURA: Espadas quedas,
 que mi amo dice verdad,
 a pagar de mi honra; y sepan
 que no ha una hora que le dio
 de esposa la mano tierna
 la condesa del bolsillo,
 y yo serví de banquetta
 porque mejor se alcanzasen

estas bodas zapateras.

ALONSO: ¡Cielos! ¿Condesa en mi casa?

Sale doña ÁNGELA

ÁNGELA: Sí, señores, yo soy esa,
que con el favor de un manto,
antiyer fingí encubierta
lo que no soy, agradada
del término y gentileza
de don Melchor. Esta noche
le he dado por estas rejas
mano de esposa.

SEBASTIÁN: ¿Qué dices?

ÁNGELA: Que no es razón que obedezca,
si es libre mi voluntad,
las bodas que tú conciertas.

MELCHOR: ¡Ay señora de mis ojos!
No en balde el alma discreta,
sin veros, hizo elección
de tan celestial presencia.
Vos sois mi querida esposa.

SEBASTIÁN: Primero que tal consienta...

*Sale doña MAGDALENA, QUIÑONES, y
SANTILLANA*

MAGDALENA: Doña Ángela os ha engañado,
por más que usurparme quiera
el derecho de mi amor
porque yo soy la condesa,
si en el título fingida
en la sustancia de veras,
a quien don Melchor adora,
y vos quien hoy encubierta
pretendisteis engañarle,
hurtándome el nombre y señas

y para confirmación
de esto, los testigos sean
estas trenzas y bolsillo,
aqueste escudero y dueña.

SANTILLANA: Ésta es la pura verdad
sin jota de agua. Estafeta
he sido de estos despachos.

QUIÑONES: Doña Ángela, en vano intentas
lo que los cielos estorban.

MAGDALENA: Y para última certeza,
esta mano os desengañe,
pues fue, idolatrando en ella,
principio de vuestro amor.

MELCHOR: Conózcola, y con vergüenza
en ella sello mis labios.

VENTURA: Acabemos pues, y tengan
fin alegre estos desvelos.

ALONSO: Don Sebastián, pues lo ordena
el cielo así, ¿qué remedio?

SEBASTIÁN: Tener envidia y paciencia...

LUIS: Ya que yo no merecí
ser su esposo, pues se emplea
en mi ptimo, consolado
con vos, mis amores cesan.

SEBASTIÁN: Don Jerónimo ha de ser,
Ángela, tu esposo.

ÁNGELA: Sea,
pues no puede don Melchor.

SANTILLANA: Y Santillana se queda
por escudero de casa.

VENTURA: Quiñones, tus tocas vengan
a ser manteles de boda
pondráte mi amor la mesa.

MELCHOR: Daréos los dos mil escudos,
si os casáis.

QUIÑONES: ¡Enhorabuen!

VENTURA: Sacaréte de pecado
cuando te saque de dueña.

MAGDALENA: Ya, señores, no seré
la celosa de mí mesma.

MELCHOR: Ni Tirso estará quejoso,
si os agrada esta comedia

FIN DE LA COMEDIA